

de Madrid le era hostil, y los que menos la ofendían la creían ilusa; otros la calificaban de beata hipócrita. Culpaban al Párroco de ser demasiado condescendiente con aquella mujer *de vida relajada*. Fué frase que llegó á usar el buen señor, y no era suya ni la inventaba: ¡se lo decían tantas personas y tan buenas! Preguntóle si sabía la doctrina, y le comenzó á preguntar el catecismo. ¿Cómo había de ignorarlo si ella misma daba todos los días lección y explicación de él á sus acogidas? La escena fué tan violenta y la Vizcondesa se acobardó en tales términos, que una señora, amiga suya, que había ido á visitarla se puso mala, y se retiró acongojada, yendo á casa de su hermano para avisar lo que pasaba, y la angustia é ignominia en que se veía. En su casa se encogieron de hombros, diciendo secamente:—Ella se lo quiere; ya se lo decimos que deje eso, y no hace caso.

Insistió el señor cura en llevarse el copón secretamente por no dar escándalo. Como este era el único amparo y consuelo que hallaba la atribulada Señora, le dijo que si el Señor salía de aquella casa saldría ella también, pero que estaba segura que el Señor no la abandonaría:—«¿Quiere V., señor Cura, hacer una prueba? Pues venga V. á la Capilla, la cual, aunque pobre, esta bonita y limpia, y el Señor en ella muy contento. ¡Pregúntesele V., y verá como no se quiere ir!»

Fueron á la capilla; el cura estuvo rezando

durante media hora con gran recogimiento, y la Vizcondesa detrás de él, suplicando al Señor que no se marchase. Levantóse aquél muy afectado y llorando, y con acento y ademanes paternos le dijo muy conmovido:—En efecto, el Señor no quiere salir de esta casa. Voy á decirle al Sr. Arzobispo que V. le tiene preso aquí. Siga V., hija mía, siga V. su obra, y que Dios la bendiga, y mándeme V. lo que quiera.»

Pero á todo esto le faltaban los recursos, pues el clérigo extranjero, además de los 7.000 reales de pensiones vencidas, había cobrado en Cruzada cuatro mensualidades, ¡cosa rara, cuando la Vizcondesa cobraba lo corriente con apuros! Pero ya sabemos cómo se hacen estos milagros en las tesorías españolas, á espaldas de los superiores. Además el cleriguito extranjero difamaba á la Vizcondesa en lo relativo á su conducta y *vida privada*, del modo más infame, suponiendo ¡vergüenza da decirlo! que traficaba con sus acogidas. Y no fué lo peor que se inventára tan grosera calumnia, sino que se creyera por personas que debieran saber que se peca creyendo ligeramente tales calumnias, pues la Escritura dice: Quien de ligero cree, ligero es de corazón (1).

Habiéndose presentado al Sr. Santaella á reclamar sobre el abuso de confianza que se había hecho,

(1) *Qui credit cito levis corde est. (Eccles. 19, v. 4.)*

cobrando tantas pensiones en perjuicio suyo, el Comisario la recibió con sequedad y casi despego, y, sin faltar á la urbanidad, le dijo que nada podía hacer ya en aquel asunto. Conoció que aquel señor estaba prevenido contra ella, pero no podía figurarse hasta qué punto.

Faltábale otro golpe más rudo, pues se halló con hostilidades hasta en la misma Congregación de la Doctrina Cristiana. Algunos individuos de ella, de uno y otro sexo, por fortuna no todos ni muchos, vituperaban á la Vizcondesa y dudaban que pudiera salir adelante con su empeño. Cuando se supo que el Comisario estaba disgustado con ella, y dispuesto á suprimir los 4.000 reales que daba al Colegio, hubo una avenida de solicitudes para acapararlos, con harto sentimiento del curita extranjero, que no trabajaba por cuenta ajena.

El hermano de la Vizcondesa, que estaba por entonces en Madrid, llevó muy á mal lo que había pasado, y le acriminó el haberse metido en aquellos ruidos, y en escenas que daban que hablar y que reir en todas partes, y eso que el Sr. Zaragoza encargó á los periódicos que no se hablase de ello. Mas no era posible que se le ocultaran al Marqués ciertas cosas que más adelante se descubrieron, por desgracia, á pesar del afán de la Vizcondesa por que no se difamara á sus contrarios, pues el Gobernador se las contó tal cual habían pasado.

«Al volver á mi casa, dice la Vizcondesa, todos

querían que lo dejara (el Colegio), y me decían que si no había escarmentado; y como no comprendían que era Dios el que lo quería, no nos entendíamos jamás en este punto, que era la cuestión diaria, en la que tomaban parte las visitas, pues llegaron ya á ser muy agrios y violentos tanto la burla como el escarnio que mi hermano y todos emplearon para ver si yo desistía de *semejante locura*, para lo cual no se dejaba resorte por tocar, ya de promesas de todo lo que más me podía halagar y complacer, ya amenazas de dejarme sin dinero, ni el mío, que no era mucho por cierto.»

Hasta los vecinos del Colegio se volvieron contra la Vizcondesa, al ver que en aquel edificio se había restablecido el orden. ¡Es tan divertido para el vecindario el presenciar la bulla en casa ajena! Además, en las tiendas, que por lo común son agencias gratuitas de difamaciones, se hablaban pestes contra *aquella señorona*, que quería saber más y ser mejor que las monjas: sobre que éstas hacían más gasto en las tiendas inmediatas. Hallóse la Vizcondesa con que se debían los comestibles de los tres meses en que les había enviado de doce á catorce mil reales, pues tomaban al fiado por cuenta de la Vizcondesa, y ésta quedó por tramposa, y hubo quien se lo llamase groseramente y en su cara.

En una buhardilla encontró más de doscientas piezas de ropa vieja ó inutilizada, que, por no haberse recompuesto á tiempo, apenas podía servir.

Hubo que reponer casi todo el mobiliario y ropas del Colegio, de modo que, entre satisfacer trampas y cuentas, y reponer lo que faltaba, se halló con cerca de 70.000 reales de deudas. Como de su casa no querían darle más que la comida, que le llevaban los criados al Colegio, tuvo que firmar pagarés á más de doce acreedores, saliendo por fiador de ella el Marqués de Fuentes de Duero, Duque de Sevillano; y no pudo acabar de pagar hasta que murieron su hermana mayor, que estaba imbécil, y su hermano, el Marqués, según veremos luego. «Con esta doble herencia, añade, por dos desgracias tan penosas para mi corazón, logré pagar; y tenía ofrecido, si lo pagaba, nombrar Tesorero á San Francisco de Paula, pues tan repetidos milagros hacía el Santo para sacarme de mis apuros y gastos de mis pobres, pues siempre que acudía á él por dinero me lo buscaba, y decidí se le hiciera los viernes una trecena, en pago de haberme sacado milagrosamente de mis apuros en favor de mi Colegio, que, como nadie lo apoyaba, me costaba dobles pasos y sacrificios.»



CAPITULO XXIII.

Comienza á despejarse el horizonte.—Concédesele providencialmente la casa de la calle de Atocha.—Descúbrese los fraudes : perdónalos y recibe nuevas ingratitudes.—Deshácese el Colegio de la calle de la Palma , creado en competencia con el suyo.

«**C**OMO yo pedía á Dios de todo mi corazón me diera fuerzas y ayuda , pues me hallaba otra vez con un Colegio á costas sobre mis hombros, con deudas, sin dinero, sin crédito , y hasta sin reputación, la casa me recordaba tantas penas, que creo me hubiera costado la vida la tristeza que tenía, si el Señor no me hubiera enviado un consuelo, que lo fué muy grande.»

«Al mes de haber salido las religiosas iba yo todos los días al Colegio desde muy temprano, y me avisan que había tres señores que me querían hablar. Eran el Sr. de Mora, el Sr. de Ruiz y otro que no recuerdo , que me llevaban un oficio de la Junta Provincial de Beneficencia, dándome la casa de la calle de Atocha, número 74, justamente cuando

cumplía el año que tenía la de la calle de Don Pedro; y al ver cumplido lo que el Señor me tenía ofrecido y yo olvidado, me reanimé, pues aun tenía al Señor en mi ayuda con un nuevo y señalado favor.»

Y no era para menos, pues dos veces le habían negado antes tan justa petición, pues la casa estaba destinada á recibir jóvenes que salieran convalecientes y arrepentidas del Hospital de San Juan de Dios, segun queda dicho (1). Mas el medio de que se valía la Providencia para hacerle ese favor no dejaba de ser peregrino y bastante extraño.

El Sr. de Mora había venido poco tiempo antes de Londres, donde había desempeñado satisfactoriamente una comisión delicada del Gobierno. Al desembarcar en Boloña, fué á parar á la fonda donde habían estado durante dos á tres meses la Vizcondesa y su cuñada. La fondista protestante, sabiendo que aquel caballero era español, le habló de la Vizcondesa, sus virtudes y caridad, y de lo que había hecho por la pobre huérfana papista. El señor de Mora oyó con mucho gusto el relato, y apuntó algo en su cartera.

A poco de llegar á Madrid, le nombró la Reina Vicepresidente de la Junta de Beneficencia, de que era presidente el Duque de Riánsares. Como este señor tenía otras cosas en que pensar, hacía seis

(1) Cap. XX.

meses que no se reunía la Junta. Para Junta oficial española y en cosas de Beneficencia no era mucho tardar.

Al tomar posesión el Sr. Mora y leerse el acta de la anterior, oyó que se negaba una petición de la Vizcondesa de Jorbalán: recordó la conversación de la fondista, miró su cartera, y preguntó qué motivos había para negar aquella petición. Dijéronle que lo del Colegio era un disparate, y que era cosa que no podía durar. Los acuerdos de nuestras juntas suelen ser así: prevén con admirable sagacidad todos los peligros que no han de ocurrir, pero no hallan medio de remediar los males presentes. No satisfizo esa previsión á la española al Sr. de Mora, que traía *resabios* de Inglaterra. En cumplimiento de los deberes de su cargo, hizo que se nombrara una comisión que examinára el asunto detenidamente, y ésta hubo de revocar el acuerdo, informando favorablemente. El mismo Sr. Mora quiso ser el portador de esta buena noticia, con deseo también de conocer á la Señora, á quien Dios pagaba de este modo *¡tan casual!* la caridad que había tenido con una pobre niña en lejanas y extranjeras tierras, y lo que había contribuido con la donación del anillo á que continuara la obra de la iglesia de la Virgen en Boloña.

«¡Yo le dí piedras á la casa de María Santísima y Ella me dió casa que jamás me han podido quitar! (1)»

(1) El año de 1870 se apoderó el Gobierno de ella.

Otra sorpresa no menor le deparaba la Providencia.

A poco de haber arreglado su Colegio en la calle de Atocha, se deshizo el Colegio que habían montado las religiosas extranjeras en la calle de la Palma, con las diez chicas que habían preferido ir con ellas; á las cuales sermoneaba mucho el curita extranjero, que apenas salía del Colegio, sobre lo cual había algunas habladurías en el barrio, por lo cual quizá el sacerdote español no había querido absolver á Teresita si no salía de allí. El Comisario de Cruzada, de cuya bondad había abusado el jóven extranjero dando por algun tiempo limosnas á manos llenas y con abusos, llegó á comprender éstos, y le retiró su confianza. En pos de Teresita fueron viniendo las prófugas, lamentando su equivocación y engaño, y á la Vizcondesa no costó gran trabajo el perdonarlas. Pero fué grande su sorpresa, cuando una de las maestras que estaban con las francesas, llamada Doña Micaela Berruete, vino á preguntarle de parte de la Superiora, si sabía el paradero de Sor R., la que lo había sido del Colegio en la calle de Don Pedro, y después en el de la calle de la Palma. Creía la buena religiosa que se hubiese acogido también á la protección de la Vizcondesa, pero no era así.

Para dar una prueba de humildad y benevolencia á la religiosa, y manifestarle que ningun rencor le conservaba, pasó á visitarla. Admirada la religiosa

de aquel rasgo de caridad y humildad cristianas, se espontaneó con ella, manifestándole muchas de las cosas que habían pasado, y le pidió perdón de haberla difamado con el Sr. Arzobispo sobre lo de la Comunión diaria y lo de la vida *poco cristiana*. La Vizcondesa la perdonó en el acto y le ofreció ayudarle á buscar á la fugitiva, la cual se había escapado de la casa á las tres de la mañana en traje de seglar, dejando una carta en que decía no la buscasen, pues no quería seguir en la Congregación.

La Superiora culpaba de estos escándalos, y probablemente con gran razón, á los pérfidos consejos de su paisano el joven director, que tampoco parecía ya por el Colegio. Reconociendo los perjuicios hechos á la Vizcondesa, y no teniendo medios de resarcirlos, le ofreció todo el mobiliario y ropas del Colegio, que valdrían unos diez mil reales.

La Vizcondesa perdonó todo y no quiso que se llevara nada á su nueva casa, pues, al ver cerrar el Colegio de la calle de la Palma y traer de allí objetos á la calle de Atocha, podían creer los émulos de la Vizcondesa que había intrigado contra aquel establecimiento para que medrara el suyo.

Al cabo de algún tiempo llegó á saber dónde paraba la fugitiva, la cual estaba en una buhardilla, de donde sólo salía por la noche y disfrazada. Habiendo ido la Vizcondesa á ver al Sr. Santaella, ya desengañado de lo que en contra de ella le habían sugerido, hallóle justamente indignado contra el

joven extranjero, y dispuesto á dar parte al Gobierno de algùn abuso que habí­a cometido. Procuró la Vizcondesa calmarle, y no solamente lo obtuvo, sino que consiguió diese dote y equipo á la fugitiva Sor R., para que entrase en las Arrepentidas, pues, al decir su paradero á la Superiora, ésta dijo que nada tenía que ver con ella, puesto que ya estaba expulsada de la Congregación.

Tampoco duró aquélla en casa de las Arrepentidas, donde ingresó después de haber hecho ejercicios. Dió varios disgustos á las pobres religiosas, y al cabo se tuvo que salir, pues no quisieron dejarla profesar, en lo que hicieron muy bien. Viéndose perdida, sin recursos y lejos de su país, acudió al amparo de la Vizcondesa, ofreciéndole vivir con la mayor sumisión, y, no como maestra, sino como la última de sus colegialas. ¿Cómo no acoger á la que venía, como el hijo pródigo, pidiendo el pan de los jornaleros? Recibiól­a no como merecía y pedía, sino como á una amiga, haciendo voto (por cierto no muy discreto), de no separarla de su lado, ni demostrarle resentimiento alguno, sino antes bien el mayor cariño. ¡Cuán caro pagó aquel voto, hecho, como suele decirse, con el corazón sin contar con la cabeza! Más de tres años la tuvo en su compañía y lo que pasó no es para referido. Lo menos malo, y que puede contarse es, que trató de alzarse con el Colegio otra vez; le robó dinero, le sustrajo papeles, y se huyó á su país, después de haberla calumniado

otra vez y difamado la casa, esperando con esto que la volvieran á admitir en la Congregación, lo que no logró por cierto; dicho sea en honra de ésta.

Aun escribió á la Vizcondesa más adelante, refiriéndole sus criminales intrigas, los nombres de sus cómplices y la miseria en que se veía en su país, y pidiéndole perdón de todo.

También el clérigo extranjero echado de varias iglesias, y hecho objeto de desprecio para sus propios paisanos, hubo de marcharse de Madrid, y más adelante de España, dejando aquí una reputación funesta.

¡Con tal directora y tal capellancito, ¿qué había de suceder en el Colegio!



CAPITULO XXIV.

Retírase la Vizcondesa definitivamente al Colegio: nueva vida.—Temores de verse desobedecida.—Un bofetón á tiempo.—Apuros, disgustos y nuevas difamaciones.

«**CU**ANDO el Señor quiere algo de mí, escribía la Vizcondesa, tiene un modo tal de apremiarme enteramente que no me deja duda de que quiere algo de mí. El P. Carasa quería que redoblase mi oración para que el Señor me diese á conocer lo que quería, y una noche me dió á entender en la oración de un modo muy claro estas palabras:

¡A tí quiero Yo en mi obra!»

No se atrevió á decirlo al P. Carasa, creyéndolo ilusión, y no hallándose con fuerzas para mudar de vida por completo. Apurando, pues, al dicho Padre, que, por las reglas de su Instituto no quería tampoco meterse en nuevas fundaciones y menos de ese género, hubo de decirle éste que consultara con otras personas.

—Pero ¿cómo me han de aconsejar personas que

no me conocen? Si yo no me conozco á mí misma, ¿cómo han de conocerme por lo que yo les diga? Yo creo, P. Carasa, que Dios me quiere en esta obra.

Eso es lo mismo que hace tiempo conozco yo. Esto es lo que Dios quiere de V.; pero veo su gran repugnancia.

—Pero si Dios lo quiere, ¿he de dejar yo de hacerlo aunque me cueste la vida?

Piénselo V., hija mía. Es materia muy grave. ¿No tiene V. ahí al Sr. Serra, su amigo, obispo tan celoso? Pues consulte V. con él.

«Consultado el Sr. Serra, decidió que yo resistía á la voluntad de Dios; pues sólo con mi presencia en la casa había orden y paz. Probé, pues, á estar en mi cuarto sin meterme en nada, y lo mismo era dejarlo que todo era un barullo: la una no quería obedecer á las maestras, otras habían reñido, otra no quería acostarse. Al venir al Colegio de donde sólo había faltado tres horas, de siete á diez, para ir á comer á casa, hallaba todo en desorden, y venían todas con sus quejas.»

«Esto, dice, me hizo ver que la paz me la concedía el Señor en pago del sacrificio que yo hacía de estar en mi cuarto, lo que me hizo resolver á irme al Colegio á vivir de hecho. Pero mi apuro era que, si algún día no me obedecían ¿qué haría yo? Como yo le contase al Señor este miedo, que me impedía resolverme á esa abnegación, me aseguró de un modo claro que me obedecerían.»

Y así fué, pues sólo se dió un caso de desobedecerle una en los veinte años que iban trascurridos desde entonces hasta el momento en que escribía.

El caso fué muy notable y lo refiere ella misma.

Once años llevaba en el Colegio y éste ya bien organizado, cuando un día mandó á una por castigo que se quitase el traje de distinguida y se pusiera el de Filomena. Negóse procazmente, diciendo que primero se iría á la calle.

—¿Y á dónde va V. á ir? le dijo la Vizcondesa.

Al contestarle que se iría á una casa de prostitución, no pudo contener la Vizcondesa su genio vivo y enérgico, y le dió una buena bofetada. Por pronto que quiso reprimirse, el mal estaba hecho. Pero Dios, que sabe sacar bien del mal, y hasta de las mismas imperfecciones humanas, tocó el corazón de aquella criatura infeliz y proterva, en tales términos, que echándose á los piés de la Señora, le dijo sollozando:—«Solamente mi madre me ha castigado así: desde hoy lo será V., y le obedeceré como á ella. ¡Si no se hubiese muerto mi madre no me hubiera yo perdido!»

A su vez la Vizcondesa la levantó del suelo, le dió un abrazo, y en seguida, poniéndose de rodillas, le pidió perdón. Corrida y avergonzada de lo que había hecho con aquella pobre muchacha, procuró confesarse cuanto antes, y ofreció á Dios no exponerse á querer salvar almas, comprometiendo la suya con ofensas de Dios por efecto de su genio altanero. Por

lo demás, la pobre chica fué en adelante ejemplar.

Con la seguridad de que las colegialas le obedecerían, como se lo había ofrecido el Señor en habla interior, de la cual no dudaba, vino por fin al Colegio decididamente, el año de 1850, resuelta á quedarse en él, y durante siete años apenas salió más que para tratar asuntos urgentes en cosas del gobierno.

Grandes tristezas pasó con aquel motivo, sola, abandonada, tenida por loca, hecha objeto de ludibrio y murmuraciones, y todo ¿por qué? ¡Porque aquello no podía durar! Y los mismos que lo decían trabajaban por que no durase. Por supuesto, que el difamarla á ella y á su empresa era *por caridad* (1).

«Como los criados de mi casa, dice, me querían tanto, todo les parecía poco para llevarme al Colegio, y yo no podía consentir se perjudicase á mi hermano (2); aunque me venía muy bien, pues servía

(1) Yo mismo que esto escribo, oí estas difamaciones y, lo que es peor, les dí crédito, siendo Secretario de la Congregación de la Doctrina Cristiana en 1851.

En aquel año fué reelegida Hermana mayor la Vizcondesa, asistiendo á la Junta de Señoras el Sr. Parro y el que esto escribe, como Secretario de la Congregación, ¡cuán ageno entónces de que algún día escribiría y admiraría sus virtudes! — *V. de la Fuente*.

(2) Como la hacienda paterna estaba *pro indiviso*, el Conde, su hermano, le daba el 6 por 100 de las rentas en metálico, además de suministrarle casa, mesa, asistencia, servicio y coche, cuando los pedía.

para las colegialas y maestras, y yo, con la gran pena que tenía, comía muy poco; pero de la oración sacaba fuerzas y una gran confianza en Dios, que aun tengo hoy. Y, á no dudarlo, sin esta gran fe que Dios puso en mi corazón, yo no hubiera podido sufrir tantas contrariedades y amenazas de todo género, y privaciones, y apuros para tantos gastos que, además de las treinta y ocho á cuarenta personas que vestir y mantener, los sueldos de las tres maestras subían á ocho y diez duros mensuales cada una, y además portero y escribiente. El capellán era para las funciones diarias, como medio para que rezasen con gusto, y, sin cansarse, aprendieran las cosas de Religión insensiblemente.»

«Como en realidad tenía poco dinero, á lo mejor no sabía cómo salir del día, y mandaba mis alhajas al Monte de Piedad, á empeñarlas, donde les daba tanta pena, que, de lástima que les causaba, me daban más de lo que era de costumbre; y sus fondos permitían, sucediendo algunas veces que ellos mismos me daban el dinero para desempeñarlas, y yo se lo volvía empeñándolas otra vez; pues entonces no llevaban interés, como hoy. Era una verdadera caridad, que ruego á Dios les pague en el cielo.»

Y en medio de todos estos apuros y contradicciones, el Colegio estaba ya tan bien organizado, á mediados de aquel año de 1850, que, al caer gravemente enferma su hermana en el mes de Agosto,

pudo marchar á Guadalajara, para asistirle, durante quince días, dejando el establecimiento á cargo de la piadosa señorita de Zamora.

Era esta señorita confesada del P. Carasa, con el cual consultaba todas sus dudas. Durante aquellos días, la respetaron las maestras y muchachas como á la misma Vizcondesa. Llevaba además aquella un diario de todo lo que ocurría, el cual entregó á la Vizcondesa á su regreso, con lo cual tuvo mucho consuelo, viendo que tenía quien la ayudase en un caso de apuro. Mas, á pesar de eso, como era tanto lo que sufría, no se atrevió por entonces á decirle, ni á ninguna otra señorita, que se viniese para ayudarla, pues la idea de formar comunidad no pasaba aún por su mente, ni menos la de fundación de Instituto; creyendo que el Señor se contentaba con que se sacrificase ella sola en aquella casa, y en bien de aquellas pocas almas, á duras penas allegadas y sostenidas.

Hasta su doncella Isabel, que la quería entrañablemente, la atormentaba por entonces, y participaba de la idea de que todo aquello era una manía, que rayaba en locura.

«Me traía todos los días, dice, noticias de lo que cada uno decía, para ver si lo dejaba:—¿Quiere Usía, Señora, saber más que esos Sacerdotes tan buenos? Pues dicen que debe V. dejarlo, que no sacaré Usía fruto alguno, que á estas mujeres no se las maneja con dulzura, sino con castigos fuertes, y eso no es

para una Señora como Usía ! ¡ Tan ricamente como estábamos en casa ! »

« A este tenor venía diariamente, por espacio de un año, pues no se quedaba á dormir en el Colegio, con la esperanza que tenía , como todos los de casa , de que al fin la necesidad me obligaría á dejarlo , pues nadie lo aprobaba : así que lloraba á solas , pues su cariño me renovaba las llagas del corazón , sin saberlo ni quererlo. »

« Como el Colegio no le gustaba, tardó mucho en venirse conmigo, hasta que se convenció de que ya no lo dejaba yo. Entonces se vino conmigo ya de hecho , y sólo salía los domingos de paseo, y con lujo, lo cual me proporcionaba disgustos , porque las maestras y las acogidas le tenían envidia , y se quejaban de que no tomase parte en las cosas del Colegio, y dijera que ella estaba allí únicamente por mí. Me servía á mí de modo que yo no me ocupaba en mi persona para nada. Como era muy fiel, y tenía tanta repugnancia al Colegio, me daba cuenta de todo, y yo tenía únicamente confianza en ella. No quería que yo fuese religiosa, ni menos serlo ella, pues, aunque me veía vestida de religiosa y hacer la vida de tal, se hacía la ilusión de que era para dar ejemplo al Colegio, pues yo me quitaba el traje para salir, por temor del Gobierno. »

Añadíase á esto la estrechez del local.

El cuarto donde vivía era lóbrego y húmedo. Por escribir en él , perdió gran parte de la vista , y

además se le hincharon las piernas. Ni podía pintar, á lo cual tenía gran afición, sirviéndole esto de recreo. Por distraerse un poco, y serenar su espíritu, se puso una noche á tocar el arpa, y tuvo que dejarlo al poco rato, pues se paraba la gente en la calle, y comenzaron á aplaudirla.

A estos disgustos se añadía el resentimiento de la familia, que la había abandonado por completo. Un criado le llevaba el almuerzo y la comida. Suprimióse el coche, pues apenas salía del Colegio, como no fuera para asuntos muy urgentes.



CAPITULO XXV.

*Dificultades para dar al Colegio forma de Comunidad.—
Prohibición de consultar reglas.—La Cruz del silencio.
—Cuestión de traje: la Custodia.—Comienza á usar
el nombre de Madre Sacramento.—Actos de humillación
y mortificación.—Aprueba su espíritu el P. Gil.*

CUANDO ya se vió que el Colegio marchaba bien y comenzaba á dar resultados, gracias á la instalación de la Vizcondesa en la casa, y que el imposible era muy posible, varióse un tanto el tono de las invectivas, diciendo, que todo aquello duraría solamente mientras ella viviera, si es que no se cansaba. Y no era lo peor que así opinaran y lo dijeran personas muy respetables, sino que ella misma no las tenía todas consigo, como suele decirse vulgarmente. Tan agena estaba de querer ser fundadora, que, no solamente no lo deseaba, sino que ni por sueños lo quería, y antes le arredraba la idea de serlo. Algunos años antes le había mostrado el Señor en sueños y confusamente unas jóvenes vestidas de negro y blanco que bajaban

ordenadamente por la escalera de una casa ; pero, ¡quién iba á dar importancia á eso , ni hacer caso de ensueños!

Había hallado quien la reemplazase durante quince días, y no era poco. Su misma doncella Isabel no quería ayudarle, y tardó seis años en resolverse á tomar hábito. Hubiera deseado hallar un Instituto ya formado, aprobado por la Iglesia y con reglas fijas, para cederle el Colegio, ó entrar ella misma en el Instituto. Pero no lo hallaba: las Hermanas de la Caridad, á las cuales apreciaba mucho, no podían ni querían. El ensayo que se había hecho, trayendo religiosas extranjeras, había dado un resultado funesto, pues su Instituto no era para esa clase de educación, y Sor R. y las que habían venido de Francia se habían quejado, y con razón, de que se les había ocultado la clase de mujeres con que habían de tratar; pues se les había dicho que venían á encargarse de un colegio de muchachas pobres. La verdad á medias raya á veces en mentira.

«Como yo no sabía nada de Comunidades, dice, me veía muy apurada para formar lo que yo creía hacía falta para dirigir mi Colegio, supuesto que las Juntas de Señoras no son á propósito para ello. Por santas y buenas que sean, cada una tiene en su cabeza un plan especial: todos ellos son buenos, pero en oposición unos con otros, y ni todos ellos se pueden ensayar, ni es cosa de estar mudándolos.»

«Corporaciones religiosas de fuera no prueban,

porque dependen de superiores extranjeros, y sus reglas no están amoldadas á las cosas de nuestro país, ni su género de vida, y como no conocen las necesidades y conveniencias del nuestro, siempre dan una educación opuesta á la española, y esto es un mal para las que han de vivir en pueblos y con familias pobres. Además aquí Dios no lo quiso.»

«Pues señoras de buenas familias con escasa fortuna tienen el inconveniente de abrigar el orgullo de ricas sin serlo, y las pretensiones de ser tales señoras, y no se humillan, ni dejan sus hábitos, trajes y costumbres, antes bien, miran á las colegialas como criadas, mandan despóticamente, se ocupan más en asuntos de sus familias, amigos y en traer y llevar noticias de fuera, lo cual las distrae y disipa; pues, como no han renunciado al mundo, buscan el modo de tener una posición en él, para asegurar su porvenir, el que las releve del continuo y diario trabajo de tratar con estas mujeres infelices. Por otra parte, como están poco versadas en Religión prácticamente, las teorías no suplen ni alcanzan para el fin apetecido, y resulta un modo de vivir desacorde.»

«Quise buscar una Corporación religiosa ya establecida, y hallé que, si las extranjeras no servían para España, tampoco las del país; pues aquí no hay más que las Comunidades de Arrepentidas, las cuales sólo sirven para monjas. Pero nuestras chicas no vienen ya arrepentidas, ni para monjas, pues

no conocen la Religión, ni se duelen de la vida que llevan, antes el dejarla es superior á sus fuerzas, ni lo desean, pues sólo quieren huir del mal que en el día las aqueja, razón por la cual es muy difícil su salvación y conversión, de manera que no hallaba Comunidad que viniera en mi ayuda.»

Estas observaciones tan atinadas como profundas, hijas no sólo del conocimiento del corazón humano, sino de las condiciones sociales de nuestro país y de una larga y dolorosa experiencia, vinieron á traer á la Vizcondesa á una deducción lógica y precisa:—¡Pues si no hay Comunidad á propósito, *hay que formarla!*

Mas en seguida y á escape vino el triste *¡pero!*

—«Pero, ¡yo no soy capaz de ello! Antes bien, yo soy la primera á quien hay que formar y educar al efecto.»

Entra luego la Vizcondesa en el examen de conciencia y capítulo de culpas. Se acusa de orgullosa, viva de genio, muy impresionable y por tanto sensible, nada económica, antes bien gastadora, violenta para mandar, áspera de condición, pues los disgustos que tenía que soportar habían agriado su genio: todos estos defectos se los echa ella misma en cara minuciosamente, y no por falsa modestia.

«El P. Carasa, que veía estos temores míos tan justos, añade, y el afán de buscar algunas reglas para ver primero qué cosa eran *Reglas*, y después tomar de ellas algo para mi Colegio, y coger lo

mejor de ocho ó diez Órdenes religiosas, me prohibió verlas, y jamás ví ninguna, ni tenía idea de cómo eran, ni á qué se reducían. Yo tenía y tuve por muchos años la pena de que en este punto no me quisiera ayudar el P. Carasa. Hasta después de muerto no supe que á ello se oponía la Regla de su Instituto (1).

«Empecé, pues, á formar un plan de vida para mí y hacer lo que yo hubiera querido hiciese una Comunidad que dirigiera mi Colegio, y entablé mi vida á este tenor. Empecé por ponerme un traje religioso: yo no me había puesto jamás traje de lana, y le tenía aversión. Me lo puse de seda y algo elegante, pero resultó que les daba envidia á las colegialas.» ¡Ya era de suponer aunque no lo dijese!

«El ruido de las recreaciones era un martirio: resolví, como para tomar un respiro, poner silencio un día á la semana, y que fuera el jueves, para pensar en el Santísimo durante ese día. Yo no sé hablar con pocas palabras: el miedo de faltar á la verdad me hace querer explicar más las cosas.»

«Noté que tanto yo como las chicas queríamos callar y no podíamos, porque se nos olvidaba á lo mejor. Yo iba con mis quejas al Señor, y le decía que me debía dar un camino para que aprendiese á

(1) Díjoselo el P. Cumplido en una carta algo severa, en ocasión en que estaba arreglando las Constituciones de su Instituto para remitir á Roma, negándose á auxiliarle en su revisión.

remediar las necesidades, que por mi ignorancia se cometían, tanto más que el P. Carasa quería que pusiera silencio en general y, como yo era la primera que faltaba, no era posible para las demás que me seguían en todo como monitas.»

«Un día comprendí que con la Cruz del Señor callaría yo, y también todas; ¿pero cómo hacer para recordar que era día de silencio? Otro día dije á las colegialas que me pedían licencia para penitencias, que hicieran la del silencio, que, por experiencia, conocía yo ser difícil: pero tocamos el inconveniente de que el silencio lo interpretaban á mal humor, ó á disgusto, ó á estar malas. Hay que buscar algo que avise que estoy de silencio, y me ocurrió, inspirada sin duda por Dios, formar una cruz de cinta negra y pegarla encima del labio superior con goma. Fué un pensamiento feliz, y que dió los mejores resultados, pues al mirarse unas á otras y ver la Cruz, era un recuerdo de ser día de silencio. Después el fervor se aumentó al ver el buen resultado, y, como devotas de la Pasión del Señor, se puso el viernes el silencio con Cruz.»

«En Setiembre de 1850, ya vestida de merino negro, que no quiso el Padre llamase la atención con lana gorda (que aparentase más virtud que la que tenía) pensé ponerme alguna señal que indicase el *Amo* á quien servía, como los criados del mundo, que tienen á gala las armas de su señor. Pensé muchas cosas, pero nada quería el Señor; y no es

porque me lo dijera, sino porque, como yo todo se lo consultaba y preguntaba, sentía que nó y se lo decía al P. Carasa. Él me decía:—«Pídaselo V. á Dios.»

Al fin comprendí que debía usar cosa que me hiciera tenerlo mas presente, y hallé ser la Custodia, la cual más claramente designaba mi deseo y el espíritu que me animaba. Entonces, pues, me llamaba yo *esclava del Santísimo*, y me puse por nombre *Sacramento*, para que siempre que me llamaran lo recordara la que lo decía, y yo que lo oía no lo olvidara jamás, ni á Jesús Sacramentado, que *eran mis amores*. Así verán que soysu esclava. Mandé, pues, hacer la Custodia que llevo hoy, y que jamás me volví á quitar. Puse en el papel *Sacramento*, grabado en el sitio de las armas con mi blasón y esto fué para mí un gran gozo. Me lo puse, y me fuí con él puesto á ver al Padre, que me riñó, como si hubiera cometido alguna falta: me lo hizo quitar porque yo no era digna de llevar al pecho una Custodia. ¡Qué pena!»

«Entonces me ocurrió ponerme el escudo que el Arcángel San Miguel trajo á San Francisco de Paula, y como yo todo lo hago por Caridad, y me hallaba yo en la práctica ser esclava de la Caridad, me puse el escudo de *Charitas* de oro, tal cual la vida del Santo lo decía. Yo leía vidas de Santos, pues quería probar á imitarlos, y también tuvo el P. Carasa que decirme cuáles debía de leer, porque me afi-

cionaba tanto á la vida contemplativa, que decía el Padre que dejaba la activa. Me quitaron el nombre de *Sacramento*, y el timbre de lo mismo y, como yo alcanzaba de Dios todo lo que quería, me dijeron que lo pusiera. Creo que el Sr. Arzobispo Bonel y Orbe anduvo en ello, que D. Pedro José Riuz debió decírselo. Es conjetura mía fundada, pero no lo sé. Ello es que á los tres meses le pregunté al P. Carasa y á D. Pedro—¿Sí era prohibición para siempre? Y, como sorprendidos, me respondieron:—¿Quién se lo impide á V.? Si se lo pone, que sea para no andar tomándolo y dejándolo: eso nó, como cosa de juego, nó, Señora.»

«Entonces, como quien se aprovechaba de esta ocasión, me puse la medalla de la Virgen, como manto, y la puse en el hombro izquierdo para tenerla siempre presente, como á mi Madre, y bajo su protección. Me puse una toca blanca y un velo negro de colegiala, para que ellas no repugnaran vestirse el uniforme, que yo soñé, y pasó casi como desapercibido; y á no dudar se alegraban D. Pedro Ruiz y el P. Carasa, el cual me dijo:— ¡Gracias á Dios que entiende V. al fin lo que el Señor quiere de V.!»

«Como yo quería tanto al Señor en la Cruz y su Pasión Santísima, sentía dejar mi Crucifijo grande, y lo puse en el Rosario, y después como sello junto al corazón, para recordar que vivo crucificada por su amor.»

«En los días que salía á negocios me ponía una cosa negra en la cabeza, y la Custodia por dentro, y la Virgen y demás , para que no dijera el Gobierno que salía de religiosa sin licencia, y me lo quitaran.

»Como yo sentía repugnancia á ciertos oficios, para vencerme, y mortificarme , é imitar la vida de los Santos en algo, fregaba el suelo, barría, lavaba, planchaba, y todas las noches me levantaba de la cama para vigilar.

»Algunas veces fregaba con la lengua para expiar los pecados míos y ajenos, cometidos con ella, con que tanto se perjudica al prójimo. Siempre he guisado la comida y fregaba, y tanto lo he repetido que ya hoy no es mortificación, y lo hago con sumo gusto, y más cuando he visto los buenos resultados que ha dado, que desde entonces nadie ha repugnado oficio ninguno. Puse que toda la que faltase en algo, ó llegase tarde, besára el suelo, como una confesión de su culpa , y yo era la primera que lo hacía , y hago aún, para que cueste menos esta humillación. Y me lo dió más á conocer lo que es el ejemplo, el ver que el día que yo tenía mal humor, todos en la casa lo tenían, y comprendí que era yo misma la que lo trasmitía , y me hube de hacer en esto gran violencia, tanto más que ignoraban mis penas.

»Así fuí yo misma poniendo en práctica lo que quería para la Comunidad que había de dirigir el Colegio de mis Desamparadas. Pero temía yo que

Su Santidad no aprobaba en algún tiempo esta nueva orden, y lo consulté y Su Santidad envió el Breve de Agosto de 1850, con altar de ánima y ocho indulgencias plenarias, como que aprobaba me ocupase en este pensamiento y que hiciera las constituciones á la práctica. Pero yo cada día tenía más contras y oposiciones: no sabía cómo reunir gente, ni convidar á nadie con una corona de espinas, cosa que espanta. A nadie se le ocurría más que pronosticarme que la casa duraría mientras mi vida, pues, muerta yo, todo acabaría. Esta amenaza; en tono de profecía, me apuraba poco, porque estoy persuadida de que á Dios nadie le hace falta. Y además, como á mí me trajo del medio del mundo, podía á mi muerte traer infinitas y más adelantadas en la virtud, lo que para mí todo era nuevo y de difícil remedio, por tener un natural opuesto á la obra misma.

»Después me ocurría que, muerto el P. Carasa, sin sus consejos y el cuidado que él tenía en dirigirlas con sus pláticas tan sabias y elocuentes, y dirección en el confesonario, yo no podría seguir en formar la Comunidad y me resistía á ello, porque tenía un miedo grande por no saber yo dirigirla. Como llegase en este tiempo el P. Gil (1), que la

(1) Estaba en Roma de Asistente del General de la Compañía, donde gozaba de grande y merecida reputación de virtudes y prudencia.

casualidad le trajo, me dijo, cuando fuí á consultar con él este punto, de orden del P. Carasa, que la obra tenía todas las señales de ser de Dios, y que no temiera que la Compañía me abandonase, que siempre cuidarían de mi Comunidad y Colegio, que me animara y no lo dejara, que iba á Roma pasados tres días, y me ayudaría si pensaba formar la Comunidad, que parecía que quería el Señor de mí.

Al día siguiente estuvo á verme, y confirmó en esta visita lo mismo que en las dos horas que traté de esto en su morada; y dijo al P. Carasa muy decidido, que me ayudase en lo sucesivo; pues yo me quejaba de su retraimiento, y que contásemos con él para todo lo que quisiéramos. Después me escribió una carta, confirmando esto mismo y animándome á ello.»

Resulta, pues, de esta sencilla narración de la Vizcondesa, que su Colegio de Desamparadas tomó ya cuerpo y forma en 1850; pero su alma era entonces únicamente la Vizcondesa de Jorbalán, la cual desde entonces comenzó algún tiempo después á tomar el nombre de *Madre Sacramento*. Pero el Instituto de las Adoratrices aun no había nacido, y la casa de la calle de Atocha no pasaba de ser un Colegio hasta el año de 1855.

CAPITULO XXVI.

Apuros y escaseces.—Epidemia en el Colegio el año de 1852.—Insultos de un comerciante, y su arrepentimiento.—Otros apuros en el Colegio con motivo de la epidemia.—Venta de los cubiertos y rifa de un pañuelo.—Nuevos insultos de otro comerciante, y favor de San Francisco de Paula.

ENTRE los grandes apuros y escaseces que pasó por este tiempo, y de que Dios la sacaba por medio de las habituales y sencillas *casualidades*, que su Providencia tiene tan á mano cuándo y dónde hay las tres virtudes Teologales, merece referirse, como por vía de muestra y una entre muchas, la siguiente:

Llegó un día en que no había ni una peseta en el Colegio, ni qué comer, ni á quién pedir. Eran las once, y la cocina estaba sin nada. Llamaban á la puerta del aposento, pero la Vizcondesa se hacía la sorda, pues sabía para lo que llamaban, y no lo podía remediar. En tal apuro se fué al oratorio, y dando unos golpecitos en el Sagrario, dijo:—«Señor, Dios mío, mirad que no tenemos que comer. Si

esta casa no es de vuestro agrado, y no se os sirve en ella, vale más que se deshaga. Por mi parte, estoy conforme.»

En esto llamaron á la puerta, cuando ya eran las doce. Entró un religioso que venía de Filipinas, vió la casa, y le gustó el orden y el aseo en medio de la pobreza.

—¿De qué se mantiene esta casa? preguntó á Isabel, que se la enseñaba.

Con los bienes de la señora Vizcondesa, que hace de Superiora, pero no le alcanzan.

—Deseo verla.

Entró en el despacho de ella, y le hizo un elogio de la casa y de la empresa que acometía. La Superiora conoció, desde luego, que el Cielo lo enviaba, y fué así; pues, manifestando á la Vizcondesa que deseaba participar del mérito de aquella buena obra, le dió dos onzas de oro envueltas en un papel.

Mandó en el acto por arroz, huevos y pescado, pues era jueves, y una hora después tenía su Colegio una buena comida; pero como había corrido la voz de que nada había al fuego, creyeron que había sido una sorpresa preparada por la Superiora. Ésta, en memoria de aquel favor, acordó que se ayunara los jueves y se comiera de vigilia.

Con motivo también de ciertos ruidos y voces misteriosas que se oyeron en la casa por algun tiempo, estableció asimismo el rezo y canto del Trisagio, tal cual lo oía cantar.

El año 1852 se abrió el Hospital de Incurables frente al Colegio, y como vino la Reina Cristina á inaugurarle, estuvieron las colegialas detrás de las celosías viendo aquel aparato, de cuyas resultas cogieron un pasmo, y sobrevino una epidemia del catarro que llamaban *la grip*, en tales términos, que en tres días cayeron enfermas, no solamente las colegialas, sino también cuantas personas había en el Colegio. Estando en tan grande apuro y sin tener apenas quien le ayudara, llegó un comerciante á presentarle una cuenta de las que tenía atrasadas, desde la época de las malversaciones del año 1850. Venía furioso, y trató á la Vizcondesa de un modo tan descortés, que rayaba en grosería.

El caso es que la Vizcondesa ni siquiera le conocía: el acreedor era otro comerciante honrado, llamado D. Tomás, de quien éste había heredado. El otro acreedor había tenido muchas consideraciones á la Vizcondesa. Poco antes de morir había liquidado con ésta, y ofreciendo pagarle en un año á razón de mil reales mensuales, él dijo que bastaba con quinientos y que pagára en dos años. La Vizcondesa manifestó al heredero, que tenía con su acreedor este convenio, y creía que así lo había dejado dispuesto. No quiso éste darse á partido á pesar de esas razones.

«Todo eso será cierto, decía, pero su Colegio de usted tiene muy mala fama, y tampoco V. la tiene buena. Qué, ¿no hay más que meterse á hacer

caridades á costa agena? Es V. una hipocritona, beata falsa, como todas las de su calaña, y de esos Títulos arruinados, que quieren vivir con esas apariencias. Con mi dinero no se ha de reir V., pues le pondré pleito y le costará caro. Voy á embargar todo cuanto haya en el Colegio.»

Con esta escena violenta, la falta absoluta de recursos, setenta personas enfermas en la casa, y de ellas las quince de mucha gravedad y en peligro de muerte, sintióse desfallecer de congoja y acabársele las fuerzas. Entróse en la capilla á pedir al Señor luces y gracias, y Este se las dió, saliendo de allí fortalecida y consolada. Fué á buscar á un sacerdote ejemplar, amigo suyo, para pedirle los doce mil reales, y, aunque se los dió, tuvo que pasar por el sonrojo de que desconfiára de su probidad y recursos y le manifestase temores de que no se los devolviera.

«Fué, sin embargo, un bien, dice ella misma, pues tenía yo un exceso de vida y de energía, que á veces parecía mal en una religiosa, y me lo criticaban mucho, y esta pena y humillación me dejó en un estado de abatimiento interior, que compuso admirablemente mi exterior, apareciendo con una calma y moderación, que hubiera deseado conservar siempre, sin la pena que lo motivaba.»

Pasó la noche en vela: á la mañana, después de haber preparado los caldos y cocimientos, y haber oído misa y comulgado, fué á recoger los doce

mil reales y llevarlos ella misma al comerciante. Vivía éste en una casa magnífica: los salones decorados de terciopelo y oro, y el magnífico gabinete donde la introdujeron, le hubieron de recordar el de su casa, donde vivía ella con tanto lujo y elegancia. Esto le recordaba su actual abyección, viéndose tratada de tramposa, y reducida á ser cocinera y enfermera de mujeres extraviadas y, á duras penas, arrepentidas. El contraste era fuerte; pero, levantando su corazón á Dios, derramó Éste de pronto en él un sentimiento de dulzura, que le hizo sobrellevar perfectamente aquel tan amargo trago.

Faltábale aún otra emoción muy distinta. Presentóse el comerciante vestido con elegante bata y gorro bordado; pero no era ya el viejo alto, seco y displicente de la tarde anterior, sino un sujeto amable y fino: parecía otro.

— Señora, ¿á qué viene V. misma?

Para pagarle á usted: ahí están los doce mil reales.

—Quédese V. con ellos: le deben hacer á usted mucha falta.

Yo se los debo á V., y se los traigo, según exigió V. ayer. Pero observo en V. una gran mudanza.

—Diré á V., señora, lo que ha pasado. Antes de ayer, en una tertulia, á donde voy por la noche, se habló desfavorablemente de V. y de su Colegio; y, al tenor de lo que había oído, me expresé con V. Pero anoche había otros sujetos, se volvió á hablar de su



Colegio, y de la epidemia que había en él. Yo hube de manifestar que había estado allí poco antes, y que había puesto á V. *de ropa de pascua*, amenazándole con un embargo. Al oírlo, *me quisieron comer*, diciéndome que había hecho una mala acción y cometido una gran imprudencia. Me dijeron quién era V. y su familia, y la posición que había dejado. Así que no tomo ese dinero. ¡Perdone V!»

La Vizcondesa le manifestó que, á pesar de eso tomase su dinero, puesto que lo traía, y le devolviera su recibo. Llevóse en efecto el dinero, y trajo el recibo en un pliego cerrado, que la Vizcondesa por delicadeza no quiso abrir, pero al hacerlo en casa, halló que con el recibo venían cuatro mil reales. Mas antes de volver al Colegio, pasó por el Ministerio de la Gobernación para dar parte del estado de su Colegio, pues el médico decía que era preciso hacerlo. Allí hubo de guardar antesala durante una hora. El Ministro mandó que se admitiese á sus acogidas en todos los hospitales donde se las llevara, y se las tratase con el mayor esmero. Pero la Vizcondesa le suplicó que no sacaran de allí *sus chicas*, ínterin que ella pudiera asistirles, y que en todo caso, si las trasladaban de local pudiera ir con ellas para servirles y asistirles. En seguida fué corriendo á su Colegio, ya más consolada.

El cuadro que éste ofrecía era desgarrador: ni maestras ni colegialas estaban para nada, ni había quien quisiera venir á asistir. El médico D. Marcos

Viñals y Rubio ayudaba á la Vizcondesa y á Isabel á subir los peroles de los cocimientos, y estuvo viniendo durante un mes tres veces al día para asistir, y ayudaba á subir la caldera (1). De las setenta enfermas había veinte sangradas y quince administradas y moribundas. Quiso Dios que ninguna muriese; pero la convalecencia fué larga, penosa y de mucho coste. La Vizcondesa hacía de cocinera y, en cuanto podía, les hacía platos apetitosos. En quince días con sus noches no se desnudaron Isabel ni ella: se echaban en la cama vestidas, y la una dormía un rato y la otra velaba entretanto. Aunque por todo Madrid se había propagado la grippe, con todo, nadie quería entrar en el Colegio, considerándole como un foco de infeccion, sobre que la casa lóbrega y poco ventilada tenía medianas condiciones higiénicas. Los parientes y amigos que llegaban al Colegio, preguntaban desde el coche al portero:

—¿Vive todavía la Superiora?

Sí, señor, ó señora.

—Pues dígame V. que, como lo pasa por su gusto, que se arregle como pueda.

¡ Oh filantropía de la filantropía del mundo!

Para mayor dolor el P. Carasa también estaba enfermo, y no solamente no podía venir por la casa, sino que tenía ella que ir á la de su tío D. José Ramírez, para confesarse.

(1) Vive todavía y es facultativo del Colegio.

Un día la envió á llamar su hermano el Conde de la Vega del Pozo, diciéndole viniera á almorzar, pues tenía que tratar con ella unos asuntos. La Vizcondesa quedó sorprendida al ver servir el almuerzo con los cubiertos de oro vermell, que ella había mandado hacer en París, con otros que se habían hecho para su hermano. Tenían también la marca V. P. (Vega del Pozo) y la corona condal. La Vizcondesa los había tenido que vender para sus apuros, y por mucho menos de lo que le habían costado. El corredor, al ver las iniciales, y como hombre astuto, se los llevó al Conde para ver si le convenían, pues tenían sus iniciales. Comprólos en efecto y por mucho más de lo que habían dado á su hermana por el estuche, y eran veinticuatro. Sufrió con esto no pequeño sonrojo, y las reconvenções de su hermano, que se daba por afrentado de que cosas de su familia anduvieran en manos de prenderos y corredores.

Mas entretanto seguían los apuros, escaseces y privaciones en el Colegio: ya no le quedaba ninguna joya ni objeto de valor. Acordóse de que tenía un rico pañuelo, último objeto que le quedaba de su pasado lujo, y acordó rifarlo entre las señoras amigas suyas. Tocóle á la señora de Madrazo, que le dió con ese motivo una buena limosna, ¡pero al fin tenía que recibir limosna!

Otro apuro por el estilo del narrado antes, tuvo poco tiempo después. Otro comerciante, no tan

opulento como el anterior, y que vivía cerca del Colegio, vino un día con muy malos modos á pedirle catorce mil reales á que subía la cuenta de lo que llevaba suministrado para el Colegio. Como todos hablaban mal de él, y unos calumniaban á la Vizcondesa por hipócrita fanática, y otros por bribona y tramposa, y aun los que reconocían su virtud la suponían ilusa y comprometida en una empresa temeraria y superior á sus fuerzas, el pobre hombre que oía esto, creía que iba á perder su cuenta, y en verdad que, pensando humana y mercantilmente, no iba descaminado, pues á la sazón la Vizcondesa ni tenía un cuarto, ni de donde le viniera, ni tampoco á quien pedir. Era esto la víspera de San Francisco de Paula, su gran protector, y á él se encomendó para que la sacara del apuro. No lo contaba á ningún sordo.

Había logrado la Vizcondesa, por entonces, avenir á una rica y opulenta familia, en que había grandes reyertas por asuntos de gran interés y trascendencia. Acordaron hacerle el obsequio de un rico brazalete, pero cayeron en la cuenta de que no lo podía usar, por lo que prefirieron darle su importe de limosna, el día de San Francisco de Paula, en que eran los días de una persona de la familia. Fueron en efecto á comulgar á la capilla, y luego á tomar chocolate. Estaba la Vizcondesa con mucha pena esperando cuándo volvía el de la cuenta, pero disimulaba lo mejor que podía. Al despedirse, la señora

de los días entregó una cartita á la Vizcondesa, diciéndole:— Esto para mis hermanas las Desamparadas.

Al marcharse y abrir aquélla la carta, vió que contenía billetes de banco: hizo que alcanzaran á la señora diciéndole que se había equivocado; mas ella respondió que nó, y que era para las Desamparadas, como ya había dicho. En esto llegó el comerciante; la Vizcondesa le alargó la carta, diciéndole:—Cuenta V.

Contó, y en efecto había allí en billetes los catorce mil reales.



CAPITULO XXVII.

Dos chascos.—La regla estrecha.—Las Descalzas.—Conversión de Sira y su familia.—Una buena adquisición con la hermana María del Carmen.

EN el afán que tenía de atenerse á una regla y formar Comunidad, y viendo que las maestras asalariadas, no todas ni siempre servían para el caso, pensó la Vizcondesa que quizá le convendría echar mano de algunas religiosas, que hubieren profesado en algún instituto aprobado por la Iglesia, con cuyas virtudes pudiera ella aprender y á la vez edificar á sus colegialas. Como la revolución que había suprimido los monasterios y conventos de hombres, tampoco había respetado los de mujeres en algunas partes, especialmente durante los pronunciamientos de 1837, 39 y 54, había algunas religiosas exclaustradas que vivían como particulares.

Antojósele en mal hora echar mano de algunas de ellas, y hubo de sufrir no pequeño desengaño, y

además la consiguiente reprimenda del P. Carasa; que, más previsor y conocedor de estas cosas, no le había consentido estudiar Reglas ni estatutos especiales de Religiones aprobadas, conociendo con fino tacto, que una empresa nueva y arriesgada necesitaba también reglas nuevas, que Dios le inspiraría, y la experiencia le haría conocer con sus saludables escarmientos.

La primera exclaustrada que se le proporcionó había profesado en un Instituto austerísimo. Al recibirla en el Colegio vió la Vizcondesa los cielos abiertos, como suele decirse: no gastaba camisa, andaba descalza de pié y pierna, dormía en el suelo sobre un jergón, sin sábanas y sin desnudarse, y ayunaba todos los días.

El Prelado mandó que se conformara con las costumbres de la casa, y se negó á ello redondamente, diciendo que ella no tenía obligación de obedecer más que á sus Prelados. No fué posible conseguir ni aun siquiera que se lavase. La Vizcondesa gustaba mucho de la limpieza, que no es incompatible con la pobreza. Un antiguo refrán castellano, bastante vulgar, decía á este propósito:

*La pobreza Dios amó,
Pero á la porquería nó.*

Lo peor era que ni aun quería sujetarse á las horas ni rezos de Comunidad, ni bajar á la Capilla

cuando bajaban todas. ¡Pobrecita, tenía mortificado el cuerpo y no mortificaba su espíritu!

Al mes fué preciso despedirla, y el P. Carasa léjos de consolar á la Vizcondesa, le dijo secamente, que era castigo de Dios, y que se le estaba muy bien empleado.

A pesar de esta decepción y triste desengaño, todavía hubo de sufrir otro mayor, con su consiguiente reprimenda. Recomendáronle unas señoras á una religiosa exclaustada, que había llegado de Galicia. Era de un instituto de regla mitigada y sin vida común, de modo que no estaba acostumbrada á mortificaciones interiores ni exteriores. Traía un buleto de Su Santidad para que pudiera recogerse en cualquier comunidad religiosa. Acojióla, pues, la Vizcondesa con gusto, y con su idea de aprender, y saber de reglas. Pero pronto hubieron de chocarle ciertas cosas y ciertas maneras y aun resabios. Todo le chocaba, y quería hablar hasta en la Capilla: traía además un buen equipo.

«—¿No usan ustedes abanico en la Capilla?

No, señora; aquí no se permite.

—¿Cómo no llevan ustedes zapatos?

Porqué sólo gastamos alpargatas.

—Pues entonces son ustedes *Descalzas*.

No sabemos lo que es eso.

—Necesito un tintero para escribir.

Vaya V. á la secretaría; lo que se escribe lo tiene que ver la Superiora.

—¡Ay, Jesús, y qué rigor! ¡Para ser esto cosa nueva han puesto una *Regla muy estrecha!*»

No le disonaron á la Vizcondesa estas apreciaciones cuando se las contaron. No se le había ocurrido que, por gastar alpargatas, fuese *Descalza*, ni podía presumir que en su Colegio hubiera *Regla*, y no como quiera sino *estrecha*, al decir de una monja profesa en Instituto antiguo y aprobado.

Con mucho júbilo fué á contárselo al P. Carasa, el cual torció el gesto al oír lo de las *Descalzas*.

«—Diga V., señora, ¿V. se tiene por *Descalza*? No, Padre.

—Pues entonces, ¿quién la mete á V. á enterarse de lo que no le importa?

Ella lo ha dicho sin preguntárselo.

—¡Válgame Dios, criatura! ¿Cuándo acabará de conocer que no es eso lo que EL quiere de usted? No comprende V. que todo lo que me cuenta es un perjuicio para esa casa. Cuatro años llevan en ella y hallan todo *muy ancho*; y ahora les viene esa mujer á decir que es muy estrecho su régimen. Despídala V. en seguida.»

Y en efecto, hubo que despedirla.

Cualquiera comprenderá cuánta razón tenía el buen Padre Jesuita.

Muy al revés le sucedió con una colegiala que llegó á ser excelente religiosa, después de haber vivido en el Colegio con gran edificación de todas y aprovechamiento suyo. La Vizcondesa le dió el

nombre de *Sira* para ocultar el suyo verdadero.

La madre de *Sira* era una lugareña muy bruta y de mal carácter; una de esas harpías, que no merecen parir hijas, pues las venden por dinero como se vende á un perro, traficando con el honor de ellas. La pobre chica vino de San Juan de Dios en 1852. Al tercer día de entrar le dieron una toca algo desplanchada, y en un arrebato de cólera la rasgó y pisoteó. Dierónle cuenta á la Vizcondesa, y ésta le dijo que en su Colegio la cárcel estaba en la calle, y no podía estar en él después de lo que había hecho.

La pobre chica, avergonzada, dijo á la Superiora que le diera cualquier castigo menos despedirla. Esto dió esperanzas de que podría sacarse partido de ella, á pesar de su genio fuerte. Concedióle por favor ocho días de espera. Enmendóse en tales términos, que en cuatro años que estuvo en el Colegio no cometió una falta grave. Tenía su genio violento, pero se le conocía que se esforzaba por dominarse, y, si alguna vez se dejaba llevar de un arrebato de impaciencia, hacía luego por humillarse. La Vizcondesa lo conocía, y en premio de su esfuerzo la llevaba consigo á la oración por la noche: aficióse á la meditación en tales términos que, cuando ella no podía tenerla por la noche, se la encargaba á *Sira*. Llegó la Superiora á tomarle gran cariño, pero sucedió lo que era de temer, pues le atrajo algunas envidias. Se la tuvo por hipócrita y taimada, y una de las maestras, que no llegaba á persuadirse

de su arrepentimiento y del grado de virtud á que iba subiendo, la mortificó mucho: ella lo llevaba con gran resignación y humildad en expiación de sus culpas. Tenía una gran devoción al Corazón de Jesús, y conseguía por su medio cuanto pedía. La Vizcondesa y ella habían ideado un medio para tener presencia de Dios. Cada una se ponía en la faltriquera ó bolsillo del lado izquierdo cien lentejas y á veces hasta ciento cincuenta. A cada acto de amor de Dios pasaban una al lado derecho, y daban cuenta cuando las habían pasado todas.

A los tres años manifestó á la Vizcondesa que deseaba ser religiosa y en clausura. Enseñósele cuanto podía serle útil con ese objeto, á leer correctamente en latín y castellano, canto, piano, y bordar: aprendía todo con admirable facilidad. Cuando no podía superar alguna dificultad, acudía al Corazón de Jesús, y daba la lección como si la hubiera estudiado y aprendido perfectamente. En esto se vieron cosas tan extrañas como admirables.

Cuando la Vizcondesa dijo á su madre que su hija quería ser monja, se abalanzó al cuello de Sira, y por poco la ahoga, á pesar de haberse apresurado á socorrerla el escribiente y las que estaban allí. En su brutalidad llegó á decir que más quería verla en una casa de prostitución. Cuando la vió con el pelo cortado, se abalanzó otra vez á ella, como una furia, y por pronto que acudieron, y á pesar de estar prevenidas, ya le había sacudido

un par de bofetadas. Empeñóse en llevársela, y como aun tenía derechos sobre ella, fué preciso acudir á la Autoridad, la cual, habiendo averiguado que la había prostituido, y que la hija no quería volver á perderse, cumplió con la ley que declara anulada la patria potestad cuando los progenitores abusan de ella inmoralmente. La madre se volvió al pueblo diciendo que le avisaran cuando se muriese, y mejor si era pronto.

Una amiga de la Vizcondesa iba á Manila con su esposo con un cargo superior y de grande importancia: pidióle una muchacha de confianza, que fuera finita y de buena educación para que la acompañara y cuidara de una niña suya. No le ocultó la Vizcondesa lo que Sira había sido, pero le añadió que estaba completamente corregida, y que deseaba ser monja.—Si se porta bien, dijo la señora, yo le proporcionaré entrar en un convento.

Hízosele equipo, y lo que fué más, se avisó á su madre para que viniera á despedirse de ella. Sira pidió al Sagrado Corazón de Jesús que ablandara el de la madre, y lo obtuvo; pues aquella feroz mujer (al fin era madre) lloró al despedirse de su hija, y se logró que se confesara y que trajera otra menor, que también andaba perdida. Diéronsele dos mil reales en premio de estas buenas acciones.

Sira se portó admirablemente en Filipinas. La Vizcondesa la había recomendado al Sr. Arzobispo, encargándole hiciera por confesarse con él, sin

ocultarle sus anteriores extravíos, y actual vocación. A vista de su conducta ejemplar el Prelado le buscó convento y dote. El ama le sirvió de madrina y la vistió para la toma de hábito con sus mejores joyas, invitando para el acto á todas las autoridades. A poco de haber profesado Sira, escribió la Superiora del Convento á la Vizcondesa, diciéndole que había logrado un ángel, pues tenía edificada á toda la Comunidad con sus virtudes, humildad y amable trato.

Por conducto de la Vizcondesa recibió la madre noticias de su hija y más de un socorro. De este modo aquella pobre joven, venciendo su genial violento, logró no solamente su conversión, sino también la de su madre y hermana, gracias al tacto de la Vizcondesa, que supo apreciar sus esfuerzos, cuando las maestras y demás la tenían por hipócrita.

Otra adquisición muy buena tuvo por entonces. En 1853 ofreciósele para el Colegio una señora que era maestra examinada y con título, la cual tenía un buen colegio montado por su cuenta, y con vocación de ser religiosa. La Vizcondesa conoció desde luego las grandes ventajas de tan importante adquisición. Era muy hábil en su clase, de mucha finura y excelentes modales, y muy bien emparentada; pero la familia llevó muy á mal se hubiera metido en tal Colegio.

Leía tan bien, con tal entonación, claridad y dulzura, que, habiéndola oído D. José Ramírez al dar

una vez en el Colegio el ejercicio de la buena muerte, quedó tan prendado al escuchar cómo leía las meditaciones, que le dijo á su sobrina la Vizcondesa:—Suerte tienes de que sea mujer, pues si fuera hombre te lo quitaba para que me leyera, y también en mi iglesia de Italianos.

Cobró tal apego al Colegio que no salía de día ni de noche. Las muchachas la querían entrañablemente, pues era muy cariñosa con ellas. Cuando ya comenzó á dar hábitos la Vizcondesa, ya entonces Madre Sacramento, le puso á ella por nombre María del Carmen. Al ver que ésta la ponía en primera clase, suplicó la dejase en segunda, y hubo de convencerse de que lo pedía de veras y con grande humildad, sujetándola á varias pruebas. Mas no fué posible dejar aquellas luces tapadas con el celemín, según la frase de la Sagrada Escritura; antes bien la hizo pasar á ser Superiora, y más adelante le encargó la dirección del Noviciado de Madrid, donde se portó admirablemente, pues todas se hacían lenguas en elogio suyo.

Otra adquisición buena había tenido ya para entonces en la joven señorita Doña Manolita Rey, hermana de un reputado artista. Recomendósele á la Vizcondesa el P. Lobo, al marcharse á la Compañía de Jesús en 1850. Era de vida ejemplar y tenía grandes sufrimientos: como deseaba vivir con recogimiento y no hallaba casa y compañía á su gusto, se la recomendó á la Vizcondesa dicho

respetable sacerdote, que tenía de ésta alto concepto y aprecio, según queda dicho al tratar de su nombramiento de Hermana mayor en la Doctrina cristiana.

Era D. Juan Nepomuceno Lobo abogado, pero apenas llegó á ejercer la abogacía, muy amigo y compañero del Sr. Moreno (1), en la Doctrina Cristiana, y amigo íntimo de D. Santiago Masarnau, con quien vivía en el Colegio que tenía entónces su hermano D. Vicente en la calle de Alcalá, el cual estaba entonces en su apogeo.

Doña Manolita se halló tan bien en el cuartito que le cedió la Vizcondesa en su Colegio, que no quiso salir de allí, y vivió con ella más de quince años, pagando sus alimentos, pero sin tomar hábito.

(1) Actualmente nuestro dignísimo Cardenal Arzobispo de Toledo.



CAPITULO XXVIII.

Continúan las calumnias contra la Vizcondesa y las intrigas contra el Colegio.—Acusaciones ante el Arzobispo y su Vicario eclesiástico de Madrid.—Sonrojo ante un Sr. Prelado por haber acogido á una señora desgraciada.

No eran los apuros y escaseces temporales, aunque grandes, ni el alejamiento de su familia, ni las difamaciones de las personas piadosas lo que por entonces afligía más á la pobre Vizcondesa en su abandono. El turbión de calumnias que había venido sobre ella en 1850, con motivo de la salida de las religiosas extranjeras, se renovó en 1852 y 53.

Esta vez fué un eclesiástico joven español el causante de los oprobios. Pasaba aquel joven sacerdote por hombre de virtud y de talento: de lo segundo tenía mucho, pero mal aprovechado. Por recomendación del P. Carasa, le admitió por Capellán del Colegio: predicaba con cierta dulzura y aparente unción, á propósito para mover al arrepentimiento

á las colegialas. En otro establecimiento de hombres hubiera sido quizá muy á propósito, y aun en el mismo, si hubiera tenido más años, pues sólo contaba treinta y tres: pero á esa edad, con mala vida privada, aunque muy disimulada, y puesto en la ocasión, fué meter el lobo en el redil.

La Vizcondesa se maliciaba algo, y no le dejaba confesar á las colegialas, lo cual el llevaba muy á mal. A pesar de eso dióse maña para entrar en relaciones con algunas de ellas, ofreciéndoles sacralas de allí y colocarlas bien. Con algunas lo consiguió por medio de las familias de aquellas infelices, gente venal. Se propuso fundar otro Colegio en competencia con el de la Vizcondesa, y logró allegar algunos de los que ya de años antes le eran hostiles, renovándose la antigua tormenta de calumnias y difamaciones que parecía terminada.

Comenzó por acusarla ante el Sr. Cardenal Bonel y Orbe, por lo de la Comuni6n cotidiana. Afortunadamente de algunos años á aquella parte comenzaba á sentirse una reacci6n saludable en este punto (1848—1853) contra la influencia de las antiguas doctrinas jansenísticas.

Los padres Gil, Olascoaga, Jáuregui, Cumplido y otros altamente virtuosos y sabios de la Compañía, la permitían á varias confesadas suyas. Desde fines de 1850 estaba establecida la sociedad de San Vicente de Paul, y D. Santiago Masarnau insistía mucho sobre esto con los individuos de aquella

sociedad naciente, la cual, aunque escasa en número desplegaba ya entonces gran fervor.

Así que el Sr. Bonel no solamente no se dejó sorprender, sino que lo tomó á broma, diciéndole al acusador que no se apurase, pues que si estuviera en sus atribuciones que se pudiera comulgar tres veces al día, diera de buena gana facultades para ello á la Vizcondesa.—«V. se escandaliza de que comulgue esa Señora todos los días, y yo de los que nunca comulgan y nadie se escandaliza de ello.» El acusador tomando ese tono meloso que saben usar los hipócritas cuando hacen como que tienen escrúpulos, con la cabeza torcida, el tonillo gangoso y bajito, añadió, que la Vizcondesa se propasaba mucho en la Capilla, arrodillándose á veces junto á la tarima del altar y acercándose demasiado al Sagrario.

Al Sr. Bonel y Orbe, que era hombre de mucho mundo y que á veces gastaba buen humor, no se le pudo ocultar la calidad de los escrúpulos del joven sacerdote, y continuando en el mismo tono zumbón, le añadió que si aquello era pecado no era *de los que traían cola*, y que á tanto como eso ya llegaban sus facultades para absolverla.

Viendo que por aquel lado no había dado en el blanco, acudió al mismo P. Carasa, y Dios permitió, para probar á la pobre Señora, que tan sabio Director cayera en el grosero lazo que había conocido el discreto Prelado. No hay enemigo ni ladrón peor que el doméstico. Como conocía el capellán las in-

terioridades de la casa, supo amañar una porción de cosas con tan falsos colores, que dió á entender al sabio Jesuita que la Vizcondesa abusaba de su buena fe y credulidad en la confesión, y que le ocultaba pecados, añadiendo que no tuviese inconveniente en decirle por quién y cómo lo sabía.

Cuando se presentó á confesarse la reprendió el Padre ásperamente por haberle engañado en la confesión: negó ella, el Confesor le echó en cara varias culpas y abusos cometidos en el Colegio, y como no eran ciertos, los negó también. Entre un sacerdote y una que ni era entonces seglar ni monja ¿á quién había de creer? Despidió á la Vizcondesa y se negó á confesarla en adelante. Quince días estuvo así á pesar de los ruegos de aquélla. Escribióle al cabo suplicándole que al día siguiente en el santo Sacrificio de la Misa consultase á Dios para que le iluminase, á fin de averiguar cuál de los dos mentía y le engañaba. Lo que pasó no se sabe, pero el hecho es que al día siguiente por la tarde el P. Carasa vino al Colegio y confesó á la Vizcondesa, sin decirle nada de lo que había pasado, continuando después como antes.

No fué esta la única ocasión en que esto le sucedió: estuvo para quedarse sin confesor, pues el Sr. D. José Ruiz, sacerdote muy virtuoso, excelente orador y muy amigo del P. Carasa, que por indisposición de éste confesaba á la Vizcondesa, llegó á creer lo que se decía de su orgullo y vida relajada,

y que engañaba á los confesores, llevando una vida de lujo y aseglarada con la hipocresía de comulgar todos los días. Al ir en cierta ocasión á buscarle y pedirle consejo, la recibió con aspereza, y le enseñó la puerta, mandándole no volviese por su casa ni por su confesonario. Y aunque á vista de su humildad, quedó pensativo, y pocos días después fué á darle satisfacción, disculpándose con *lo que decían todos*, la herida ya estaba hecha, y por cierto honda y penetrante.

Más adelante fué el joven listo á dar quejas al Vicario Eclesiástico, y éste, sin contar con el Prelado, fué al Colegio para informarse personalmente. La Vizcondesa tuvo que revelar lo que no hubiera querido decirle, y darle pruebas de los justos motivos por que no dejaba á aquel clérigo entrar en el Colegio, ni aun á pretexto de reconciliarse con el nuevo Capellán. Pues qué, ¿no podía confesarse con él en otro paraje? El Vicario se marchó convencido de la inocencia de la Vizcondesa, y prevenido para evitar graves abusos. Pero entretanto la difamación seguía, y los émulos de ella, los que la tenían por loca, los que la llamaban hipócrita, los que la suponían ilusa, terca y fanática, no sólo creían todo cuanto aquél y otros decían contra ella, sino que lo propalaban, decoraban, y exageraban, como es de rigor en tales casos. La bola de nieve crecía rodando.

Del extremo á que llegó la difamación podrá juzgarse por el siguiente suceso.

Tuvo la Vizcondesa que acoger en su Colegio á una pobre señora muy fina, bella y elegante, casada con un militar de alta graduación. La infeliz señora, durante una larga ausencia del marido, había sucumbido en una páfida emboscada, de esas que en los dramas y novelas parecen inverosímiles, y en las casas de las Adoratrices aparecen tristes realidades. Aun cuando al regreso del marido logró ocultar por poco tiempo el crimen y sus consecuencias, no faltó quien se lo avisara al ofendido militar, y éste, habiendo tenido pruebas irrecusables, la abandonó, llevándose á sus hijas. El caso por desgracia metió no poco ruido.

Cartas, ruegos, protestas, disculpas, mediación de personas amigas y piadosas, todo fué inútil. El pundonoroso militar se negó, no solamente á perdonar, pero ni aun á consentir que sus hijas visitaran á la desdichada madre. Exahusta de recursos se marchó con su familia, muy decente y honrada, y ésta la rechazó también, al verla deshonrada y difamada en la opinión pública.

Pero ¡no ha de haber en tales casos un oscuro rincón y un pedazo de pan negro para esas infelices víctimas de un momento de alucinación! Pero, los que les niegan el pan y el rincón ¿son tan santos, tan puros, tan inmaculados que, si meten la mano en su pecho, ó se ponen delante del Salvador, puedan sostener la mirada de Éste, sin bajar los ojos, y tirar luego la primera piedra á la cabeza de

la pecadora? Pues bien, la Vizcondesa tuvo que proporcionar un pedazo de pan y un rincón á la que, vendida hasta la ropa, no tenía ni dónde estar, ni qué comer, y le dió además otras dos cosas, aun mejores y necesarias para ella, cariño y consuelos.

Pero tuvo que padecer mucho con ella y *pasar la pena negra*, como suele decirse. Escribiendo de continuo inútiles cartas, no contestadas, llorando, anhelando ver á sus hijas aunque fuera á hurtadillas, buscando empeños y recomendaciones aun á costa de sonrojos y desaires, fué un tormento para la Vizcondesa durante un año. Malo si tenía cartas y peor si no las tenía. Al segundo comenzó á resignarse, y al cabo hizo unos ejercicios y se resignó algún tanto.

Por entonces vino á Madrid un señor Arzobispo, conocido de la abandonada señora y amigo de su marido. Quiso ella verle por si podía lograr algo, y la Vizcondesa no quiso negarle ese consuelo, antes bien creyó deber acompañarla para dar testimonio de su buena vida y sinceridad de su arrepentimiento. ¡Cómo se había de figurar lo que iba á sucederle!

Recibiólas el Prelado con cierta fría seriedad: saludó á la desconsolada señora pero nó á la Vizcondesa, aparentando no verla.

—¿Dónde está V. al cabo?

Estoy en el Colegio de las Desamparadas.

—Y ¿por qué ha ido V. allá habiéndoselo prohibido yo?

Señor , no tenía donde acogerme.

—Y ¡ha ido V. á meterse en un infierno , en una casa de desorden y sin religión, donde la primera piedra de escándalo es la Superiora!

Advierta V., señor, que esta señora es la Superiora.

—Ya me lo figuraba, y por eso no he querido saludarla. A no venir con V. la hubiera echado de casa. Yo le arrancaré ese velo de hipocresía con que se encubre.

Volviéndose entonces á la Vizcondesa, le dirigió varios improperios y le echó en cara varias cosas, que ni aun entendió lo que significaban, ajena como se hallaba de semejantes culpas.

—¿Qué tiene V. que decir á eso?

Señor, nada : ¡ que me han calumniado!

—¿Y qué puede decir V. en su disculpa?

Nada absolutamente: yo dejo mi defensa en manos de Dios que me suele defender mejor.

—¡Hola! ya ve V. qué salida. ¿Quién me responde de V.?

Pueden informarle mi Prelado el señor Cardenal Bonel y Orbe , mi tío D. José Ramírez, Rector de Italianos, y mi confesor el P. Carasa. ¿Y no comprende V. E. que es un milagro de Dios que yo no me caiga muerta aquí mismo con lo que acabo de oír?

Volviéndose á la otra señora , sin hacer caso de esta disculpa el Prelado, le dijo en voz baja:

—«Salga V. en seguida de esa casa: yo le daré á V. lo que necesite para ello.» Y volviéndose á la Vizcondesa, le añadió:—¡Que Dios le dé á V. tiempo para reparar sus *escándalos* y los *perjuicios* que ha causado. Por la palabra *perjuicios* creyó al pronto que aludía á las tristes escenas de las religiosas extranjeras, mas luego supo por la pobre señora, que el señor Arzobispo había trabajado en arreglar sus asuntos, y que había mediado algo en ellos el joven capellán, á cuyo cuidado había estado en algún tiempo.

Grande fué el sonrojo que hubo de pasar la Vizcondesa con aquel triste motivo: ofreciólo á Dios, como acostumbraba hacerlo, pues llovía sobre mojado. Mas no había dejado su causa en manos de cualquiera: tenía buen abogado. Al día siguiente recibió con gran sorpresa un recado del señor Arzobispo, avisando que le esperasen á las ocho para decir misa. ¡Cómo decir misa un Prelado en casa tan difamada!

A las siete y media ya estaba en el Colegio el señor Arzobispo. Manifestó á la Vizcondesa que antes de decir misa tenía que hablarle á solas. Díjole desde luego que sentía le hubiesen engañado, y que no podía decir misa sin restituirle su honra, y pedirle perdón. Ella se arrodilló á sus pies, diciéndole que merecía aquella deshonra y aun más oprobios, para humillar su orgullo y altanería. El Prelado la hizo levantar diciéndole:—Ya sé que V. no me guardará rencor.

Después de decir misa concedió varias indulgencias, y dijo á la pobre señora arrepentida:—No salga V. ya de esta casa como no sea para reunirse con su esposo, ó con sus hijas.

Era que había hablado con el Sr. Bonel y Orbe, y éste le había desengañado.



CAPÍTULO XXIX.

Varias conversiones de jóvenes extraviadas.—Altanería de una joven y ardidés de la Vizcondesa para su conversión.—Lucha en una casa de prostitución para sacar de allí á una joven secuestrada.—Otra lucha de las Señoras de la Doctrina Cristiana en el Hospital de San Juan de Dios.—La blasfema con sarna.—La querida de un ministro.—Últimas veleidades y muerte de Teresita.

Las tribulaciones de la Vizcondesa por razón de las calumnias, difamaciones, deudas y abandono eran muy grandes, como se acaba de ver; pero eran tanto ó más las que padecía dentro del Colegio, y á ellas se unían las ansiedades de espíritu, agitado siempre por el deseo de acertar con su vocación, conforme á la voluntad Divina, y el temor de equivocarse, ó desviarse de ella.

De los trabajos dentro del Colegio se podrá formar idea por algunos de los que pasó para la salvación de algunas pobres muchachas, y los riesgos á que por ellas se exponía con ánimo varonil y esforzado.

Del Hospital general vino una joven de veinticuatro años , muy linda , recomendada por la Superiora de las Hermanas de la Caridad, avisándole que era de carácter fuerte y altanero, y poco arrepentida de su mala vida; pues, de resultas de sus relaciones ilícitas con un personaje muy noble, la familia andaba desavenida. Mas ella, una vez que su falta quedaba oculta en las clínicas del Hospital, quería darse aires de persona honrada y muy decente, pero con vivos deseos de volver á sus trapisondas con el Conde, que á la sazón no estaba en Madrid. Las condiciones de la joven no podían ser peores; ni siquiera escarmiento, cuanto menos arrepentimiento. Como si hiciera favor en quedarse en el Colegio, y eso que no tenía donde ir, á no ser á casas malas, exigió no vestir los trajes de la casa, no sufrir los castigos por las faltas que cometiese, y que se la permitiera coser una camisola de hombre. Déjase concebir lo que sufriría el genio vivo de la Vizcondesa con este lenguaje procaz y unas condiciones tan exorbitantes y descomedidas. Pidió á Dios interiormente que le diera paciencia, y se la concedió: ofrecióle al Señor esta mortificación por la salvación de aquella desdichada. Lo que más sentía era lo de la camisa, pues ya suponía para quién había de ser, y con qué fin, y aun más por el mal ejemplo que eso pudiera dar en la casa, con ser cosa tan grave. Y lo peor era que, haciendo el papel de mujer honrada, se desdeñaba de las otras, y decía palabrotas inconvenientes, publi-

cando que á ella no se la podía castigar, pues así lo había pactado con la Superiora, cosa que á todas extrañaba, y que á las maestras no poco disgustaba y ofendía.

Habiendo dicho una vez *¡qué demonio de mujer!* hablando de la Vizcondesa, le mandó una maestra besar el suelo, como era de costumbre y penitencia en tales casos: ella contestó secamente que no le daba la gana, pues la Superiora le había ofrecido no castigarla con esa ni otra mortificación por el estilo. Ofendióse la maestra, y tuvo que reprender á ésta la Vizcondesa privadamente, enseñándole lo que había de hacer.

En efecto, cuando el Colegio estaba reunido, la maestra manifestó á la Superiora lo que había pasado: ésta hizo que lo extrañaba lanzando á la altanera joven una mirada como de sorpresa.—Es verdad, dijo la Vizcondesa, que á trueque de salvar su alma, la acepté en la casa con esa condición; pero como esas faltas no pueden quedar impunes, tengo yo obligación de pagar por ella, y sufrir la mortificación que ella no quiere sufrir. Al arrodillarse la Vizcondesa para besar el suelo, todas las colegialas se echaron á llorar, y espontáneamente besaron el suelo. Esta escena produjo su efecto, pues la orgullosa joven se postró también, y por tres veces hizo la señal de la Cruz en un ladrillo con la lengua, como las otras. La primer partida quedaba ganada y anulada de hecho aquella condición.

Pocos días después vino la duquesa de Gor con sus hijas á ver á la Vizcondesa y el Colegio. Aprovechó la Vizcondesa la ocasión de quebrantar el orgullo de aquella joven, hiriéndola con sus propias armas: para ello dijo á la Duquesa que no le extrañase ver á una joven vestida de color y sin el traje del Colegio, pues no era por castigo. Resultó lo que la Vizcondesa se había propuesto, pues de intento no iba con las visitantes. Desde luego se fijaron éstas en la que iba vestida con traje de color; y la Duquesa le dijo con gran bondad:

—Pero, hija mia, ¿qué delito ha cometido usted para no llevar el traje del Colegio?

No es por delito, sino que lo tengo tratado.

—Sí, ya nos lo ha dicho la Superiora, pero suponemos que será porque no quiere que pidamos por usted por no quitarle el castigo: no importa, ya pediremos que la perdone.

La joven estaba corrida de vergüenza y sonrojada: su orgullo le servía de verdugo, pues lejos de enaltecerla como honrada, le hacía parecer más delincuente. Así que se fué la Duquesa, la Paz, pues así la llamaba la Superiora (quizá por antífrasis), llamó á la puerta del despacho de la Vizcondesa: venía llorando.

—¡Ay, señora, qué vergüenza tan grande he pasado!

¿Pues qué pasa, hija mia?

—Que la Duquesa y sus hijas han creído que V.

me ha quitado el traje por castigo, y no han querido creer á V. ni á mí.

Yo tengo la culpa por haber accedido á los deseos de V.

—No, señora, la culpa es mía, y suplico á V. me dé el traje del Colegio.

Yo no faltó á mi palabra, pero si V. se empeña, vaya á la ropería y que le den el que guste.

Y en efecto, fué allá y tomó el traje humilde de Filomena. Al verle con él la Vizcondesa, le sonrió cariñosamente, mandándole volver á la ropería, y tomar el de Micaela, ó sea de distinguida.

Faltaba anular la tercera condición relativa á la costura de camisa. Encargó á las maestras la pusieran á leer á las tres de la tarde, mientras las otras hacían labor. Estando leyendo, entró la Vizcondesa y se quedó parada escuchándola.

—Bien lee V., hija mía: lo hace V. bien: ya me alegraría yo que me leyera V. un rato por la noche, cuando estoy cansada de escribir.

A las nueve al salir de la capilla se me acercó diciéndome en voz baja:—¿Quiere su Reverencia que le lea?

Me alegraría, pero no quiero quitar á V. el tiempo que tiene destinado de nueve á diez para coser esa camisa.

—Todavía habrá tiempo.

Pues como V. guste: la noche que no pueda usted venir, la reemplazará otra.

En el Colegio hizo mucho efecto aquella distinción, y ella por no perderla dejó de coser la funesta camisa.

El día menos pensado se presentó la bribona, que servía de intermediaria, para recoger la camisa. Se puso furiosa cuando supo que no la tenía cosida, y al verla á ella con el traje del Colegio. Aquella malvada harpía se propasó á decir á la Vizcondesa que las había engañado, pero la Paz le dijo que ella había tomado el traje por su gusto, y que ya nada tenía que ver con ella. Afortunadamente tampoco el Conde había venido todavía de París.

Siete años estuvo en el Colegio y aprendió á bordar primorosamente en toda clase de labores, y después de haber hecho ejercicios con un padre Jesuíta, se le proporcionó una casa de una familia honrada con la que pudiera vivir, y se portó muy bien, pues ganaba unos diez y seis reales diarios. Más adelante marchó con un hermano suyo mal casado con una mujer infiel, con objeto de atender á hijos del desgraciado matrimonio, y educarlos.

Un día recibió por el correo una carta, escrita desde una casa pública de la calle de Jardines, por una joven á la cual tenían allí como presa hacía tres meses, pues la habían llevado engañada. El asunto era difícil, y ella misma podía temer por su decoro y su honra, ya que no por su honor, si ponía los piés en semejante casa. Después de vacilar y enco-

mendarlo á Dios, se resolvió á atropellar por todo. Tomó un coche, procurando ir bien vestida, pues aun no salía á la calle con el traje de religiosa, y se fué á la casa de mal vivir, con no poca sorpresa de la gente de las tiendas al ver á una señora elegante apearse sin rebozo á la puerta de tal casa. Tuvo la precaución de advertir al cochero, que si tardaba en bajar, subiese, no fuera que la secuestraran ó maltratasen. Rezando subió por la escalera y con la mano puesta sobre un Crucifijo.

Salió á abrir el ama del cuarto, y la Vizcondesa le preguntó resueltamente por la joven, amenazándole si llegaba á propasarse, pues tenía tomadas sus medidas, y que si era necesario acudiría la policía. Acobardada la mala mujer en vista de aquella resolución, la entró en un cuartito interior donde estaba la desdichada joven, guapa y de diez y siete años; la cual le rogó encarecidamente la sacase de allí. Ella no se atrevió á hacerlo en el acto, pero le dijo á la patrona, que si no la llevaba en seguida al Colegio, daría parte á la autoridad, para que formasen causa criminal por el secuestro. Vencido el miedo que había tenido al principio, le habló con tal energía que ella misma se admiraba. Entonces aquella mala mujer, que aun era jóven y bien parecida, le suplicó pasase á la sala, y, con gran sorpresa de la Vizcondesa, le rogó que ya que se llevaba á la otra joven, salvase también á una niña, hija suya, de edad de quince años, y que

bribones, á quienes ella llamaba *parroquianos*, querían pervertir, pero ella, aunque mala, no quería que su hija llegase á *tomar aquel oficio*. Ofrecióle, pues, proteger, no solamente á su hija, sino también á ella, si dejaba lo que había llamado *su oficio* en el tosco lenguaje de aquel infame lugar. Sacó, pues, de allí dos jovencitas en aquella mañana.

Al ruido de este suceso alborotóse la acristocrática canalla que frecuentaba la inmunda casa: hubo insultos á la titulada patrona, burlas y amenazas de ir á sacar las chicas á la fuerza y de quemar el Colegio. Pero Dios había tocado el corazón de aquella pobre mujer, á quien llamaban la Pepa, y los insultos y burlas sirvieron, por el contrario, para su conversión; pues dejando la casa, acudió al amparo de la Vizcondesa y á la sombra de su hija. Era todavía hermosa, y un caballero rico, que estaba enamorado de ella hacía tres años, le pagaba la casa amueblada con lujo, y la mantenía. Al dejar el infame tráfico quedóse solamente con lo puesto, y salió de allí corrida é insultada. Una de las mujeres malas, que más insolente y procaz había sido en aquella ocasión, fué muerta poco después en el portal de la misma casa por uno de los rufianes con quien la deslenguada tenía relaciones.

La Vizcondesa proporcionó á la arrepentida Pepa vivir en una casa frente al Colegio, pagándole ocho reales por su manutención, y además, comenzó á enseñarle la Doctrina Cristiana, pues no

la sabía, ni siquiera se había confesado. En esta tarea la encontró un día la virtuosa condesa de Humanes, que corría con las Escuelas Dominicales, la cual se encargó de enseñarle y prepararla, como lo hizo, para la confesión y primera comunión.

Un año después logró la pobre arrepentida casarse con un artesano honrado, pero impío. Chocábale á la Vizcondesa verla triste, aunque su marido la quería, y ganaba bien en su oficio de sillero. Sentía la pobre mujer que su marido ni tuviera religión, ni siquiera creyera en Dios. Costóle trabajo á la Vizcondesa arrancarle el secreto; pero en seguida añadió la pobre mujer:—Estoy segura de que si V. le hablara *le ganaba V. como á mí*. Pero no quiere hablar con V. porque dice que le da vergüenza, aunque no la quiere mal.

—Dígale V. que tengo que encargarle un sillón.

El sillón no se hizo, pero en cambio diez días después hizo él confesión general con el capellán del Colegio, con tanto fervor y arrepentimiento, que casi se desmayó y hubo que darle una taza de té.

Más adelante probó Dios á la pobre mujer haciéndole pasar el purgatorio en vida; pues, de resultas de un cáncer, fué preciso cortarle un pecho. La Vizcondesa le tuvo cogida la mano durante la sangrienta y dolorosa operación, y la infeliz ofreció á la Virgen de los Dolores los siete puntos de costura que le dieron para juntarle la piel. Asistió á la curaja condesa de Humanes, y entre ella y otras seño-

ras la sirvieron y velaron durante cuarente días. Se la asistió durante dos años, en que no pudo trabajar por razón de la herida. Los facultativos que la habían operado no quisieron llevar nada por la cura.

Un día se le ocurrió en mal hora decirle á su hija en broma que iba á llevársela. Sobrecogióse ésta en tales términos, que cayó al suelo con un accidente. A pesar de que se le dijo que nó, quedó tan afectada, que no levantó cabeza, y murió al mes como una santa.

En otras escenas violentas hubo de intervenir.

El día 1.º de Enero de 1857 había en San Juan de Dios una joven de diez y siete años tan perversa, que no había medio de lograr su arrepentimiento, á pesar de lo que trabajaban para ello varias Señoras, y principalmente Doña Soledad Zambrano y Doña Victorina Saavedra. Un día que estaban á la cabecera de su cama llegó la malvada mujer, que explotaba su cuerpo y su honor, avisándole que venía por ella con un coche. En vano trataron de disuadirla aquellas buenas señoras y una condesa que las acompañaba. Entonces ocurrió una escena violenta. La harpía comenzó á insultar á las señoras y hermanas de la Doctrina Cristiana.

— ¡Ea, beatonas, dejen ustedes libre á esta muchacha, que no mandan en ella, y yo sí!

Pues V. tampoco manda en ella, y no es razón que pierda su alma.

La bribona cogió á la chica por un brazo, las señoras del otro, las otras enfermas comenzaron á gritar, y acudieron los dependientes y municipales. De pronto la muchacha, que parecía más inclinada á irse con la infame, dijo que prefería irse al Colegio con las señoras, y así lo hizo. En su despecho juró la malvada seductora acabar con el Colegio y con la Vizcondesa para vengarse, y que no se la llevasen otra vez sus víctimas, y era capaz de hacerlo, pues tenía favor y valimiento entre la canalla viciosa. Preciso fué avisar á las autoridades civiles para que tomaran precauciones.

El año 1854 entró en el Colegio una joven que venía de San Juan de Dios, donde había escandalizado por su impiedad, inmoralidad é insolencia: se burlaba del misterio de la inmaculada Concepción. El médico halló que tenía sarna, y de pésima calidad á consecuencia de su libertinaje, por lo cual mandó que se la llevasen al Hospital General, pues no podía ni debía continuar en el Colegio. Servía de enfermera en éste una señora viuda muy honrada y decente, la cual se negó á tocarla por no contagiarse con una enfermedad tan fea y asquerosa. Con deseo de curar su alma, y de que no volviera á escandalizar en el hospital y pervertir á otras con su mala lengua, la Vizcondesa hubo de resolverse á curarla ella misma, ofreciendo antes al Señor su salud por la salvación de aquella infeliz.

Todas las noches, después que estaba recogido el Colegio, subía á la enfermería y durante una hora le daba la untura por todo el cuerpo, haciéndole entretanto algunas explicaciones de doctrina cristiana y disipando sus errores é ignorancia. Un mes duró esta faena, lográndose al cabo la conversión de la pobre muchacha, á la cual tuvo tres años en el Colegio. Es más, trajo también á él dos hermanas de ella más pequeñas, que también habían ido á San Juan de Dios, pues sus infames padres traficaban con ellas; pero en un día de jarana vino al Colegio el desnaturalizado padre, patriota de barricadas, y se las llevó á la fuerza, según luego veremos.

No libró tan bien con otra enferma de lepra en el Hospital de San Juan de Dios. Llevó allí una tarde á su cuñada para que viera la Congregación de Nuestra Señora de Belén, que los domingos por la tarde aseá á las enfermas, las peina y hace las camas, siendo muchas de ellas señoras y hasta de título, el cual allí dejan tomando el nombre de un Santo, entretanto que se ocupan en tan humildes como piadosas tareas.

Había una enferma de lepra á la cual nadie se atrevía á tocar: tenía como una coraza de costras hediondas y repugnantes. Lamentábase la infeliz de que hacía un mes que no le habían hecho ni mudado la cama, la cual estaba como un lodazal. Resolvióse la Vizcondesa á hacerla, y logró le diesen otro colchón y ropa limpia; pero eso era lo de

menos. Para mudarle la ropa hubo de abrazarse con ella y hacer gran esfuerzo para levantarla: á pesar de su virtud y resignación, hubo de cerrar los ojos, pues los costrones rozaban con su cara. Al mismo tiempo meditaba que, en la persona de aquella pobre leprosa, abrazaba á Nuestro Señor Jesucristo cubierto de llagas. La enferma quedó muy contenta y agradecida, y la Vizcondesa rebotando de satisfacción. Pero la pagó bien cara, pues á los ocho días se le declaró la lepra en las manos, formándosele una costra, ó escama, como una peseta de grande, y por el estilo de las de la leprosa. Llamó á su médico el Sr. Viñals, el cual sorprendido al ver aquello, le preguntó mohino:—Pero, señora, ¿dónde y cómo ha cogido V. eso? Contóle lo que había pasado, y el médico la recetó una porción de medicinas oportunas, y le dijo que tendría que tomar baños. Viéndose en aquel apuro, acudió al Señor suplicándole que, si convenía, le librase de aquella enfermedad, no por ella, sino por la casa. Confiada en el Señor no tomó remedio alguno; cayóse la costra por sí sola, y no se reprodujo.

Llamó á la puerta una tarde, cierta, al parecer, señorita, que venía con su aya: hizo á la Vizcondesa una seña disimulada, que ésta comprendió. Dijo que quería le bordasen unas enaguas, y entró, haciendo aquélla que esperase la supuesta aya. Luego que se vió sola, dijo á la Vizcondesa, que era la querida

de un ministro , y que estaba oprimida , y descontenta. Era huérfana , y , aunque tenía tutor y bienes , vivía casi presa , pues no la dejaban salir ni hablar con nadie , y siempre estaba vigilada por aquel cancerbero. Suplicó , pues , á la Vizcondesa , que la acogiera en el Colegio , si lograba escaparse. Conoció ésta desde luego los disgustos y compromisos que iba á traerle aquel asunto , pues á veces las autoridades civiles , en tales casos , en vez de proteger el arrepentimiento , solían ponerse de parte del vicio y de la inmoralidad , ayudando al diablo en su negocio , por respetos humanos.

Cinco días después se presentó la pobre joven al anoecer á la puerta del Colegio , habiendo logrado escaparse : fué acogida , pero á la Vizcondesa le costó una persecución y varios disgustos. Por de pronto se le quitó el papel sellado , que se le daba gratis por el Gobierno. Cuando algún tiempo después se presentó al Ministro , acompañada de la Condesa de Humanes , amiga de él , á pedirle que le concediera algunas resmas de papel sellado , como le solían otorgar sus antecesores , para uso y beneficio del Colegio , no solamente se las negó , sino que le dijo con semblante airado , que extrañaba mucho que hubiera tenido atrevimiento de ponerse en su presencia , añadiendo que mientras él fuera ministro no tendría ni un pliego de papel sin pagarlo. Pero entretanto la pobre fugitiva estaba en el Colegio , segura , arrepentida y viviendo honrada-

mente. Por lo que había dicho la supuesta aya de la visita á las Adoratrices, habían comprendido que se había refugiado allí.

Por entonces tuvo otro disgusto con la ya citada Teresita. Después de haber visto fallidas las esperanzas que le habían hecho concebir las religiosas extranjeras de admitirla en su Instituto, hubo de ir al Colegio pidiendo perdón, y la Vizcondesa la volvió á recibir por maestra retribuida, según queda dicho. Se portaba bien, y era muy útil en la casa, pues sabía, no sólo enseñar, sino también hacerse respetar, pero tenía temporadas de fervor y otras de tedio y cavilaciones, yéndose á casa de sus padres, los cuales lo pasaban medianamente en su pobre oficio de remendar zapatos. Después de varias idas y venidas, en una temporada que tuvo de fervor, se le antojó nuevamente ser monja. En vano le advirtió la Vizcondesa que Dios le daba aquel fervor para trabajar en la salvación de las almas, pero que no lo tendría en entrando religiosa en instituto de vida contemplativa: añadióle que no llegaría á profesar y que moriría su padre antes de quince días. La Vizcondesa lo avisó á las monjas, pero no la creyeron.

Salió todo como se lo había predicho. A poco de estar en el noviciado le inspiraban tedio el coro y los rezos. Antes de seis meses adolecía ya de una hipocondría insoportable, llegando al extremo de pisotear la capa de coraje. Las pobres monjas, que eran muy buenas, no se explicaban aquellos arre-

batos de furor. Un día vino el confesor que le había proporcionado entrar en el convento, y le trajo la ropa de seglar, y vestida con ella se la llevó con gran satisfacción de las monjas, que se ahorraron con eso el tener que echarla. Escribieron á la Vizcondesa pidiéndole perdón por no haberla creído, y aún haber dado asenso á las cosas que levantaba contra ella, lo cual no se avenía bien con los alardes de beaterio y frecuencia de sacramentos.

A los quince días de entrar monja había muerto su padre conforme le había dicho también la Vizcondesa. El pobre anciano iba todos los días al Colegio, y la Vizcondesa hacía que le diesen algo de comida, pues lo habían echado de la buhardilla. Habiendo dejado de venir unos días, hizo preguntar por él, y supo que había quedado muerto en la calle.

Formósele á Teresita un cáncer, ó zaratán, en un pecho, y, no pudiendo ya trabajar, se vió reducida á la miseria. Por sexta vez tuvo que acudir á la Vizcondesa, y fué ésta á visitarla en la miserable buhardilla donde vivía. Lloraba mucho, confesó á la Vizcondesa las calumnias que contra ella había forjado, y le pidió perdón. Esta no solamente la perdonó, sino que la socorrió, y fué algunas veces á curarla.

Mas no se crea que todos los casos eran de triunfo. En las batallas del Señor también á veces hay derrotas, y no pocas ni pequeñas, y cuando Éste consiente que se pierda su causa, que es la de la

justicia, razones y grandes tendrá para ello, y no son difíciles de conocer. Cuando todo sale bien hay mucho riesgo de engreirse; pero las derrotas nos dan á conocer nuestra debilidad y que los triunfos obtenidos se deben á Dios y no á nuestra industria. Entre los varios de ese género refiere la Vizcondesa uno horrible que vale por muchos y que en una novela parecería inverosímil.

Trajéronle unas señoras caritativas una niña de corta edad, á la que puso por nombre Rosita, porque, entre otros perifollos, traía una rosa en la cabeza. Era hija natural de una señora que, después de vivir mal, había acabado por tener una casa de huéspedes, pero de muy mala reputación. La madre y la hija eran á cual más perversas, hasta tal punto, que á la edad de siete años había ésta ayudado á su madre á estrangular á un huésped, con quien vivía mal, y se complacía la tal niña en referir y remedar los gestos de la víctima en su agonía, cuya muerte pasó por repentina y efecto de una congestión. Refiriólo á la Vizcondesa en la seguridad de que no había de delatarla, y añadiéndole horribles noticias de su infernal precocidad. No se la podía dejar con otras jóvenes de poca edad, ni aun con las adultas. Cuando veía á alguna llorando sus pecados después de confesar, se burlaba de ellas, riéndose, y llegando á decirles: —Nada vale eso para lo que yo tengo hecho, y me río de todo ello. Era diabólica en toda la extensión de la palabra. En misa, cuando

iba, se burlaba de todo, y aun hacía á veces gestos impúdicos. Por lo demás era muy zalamera con la Vizcondesa, única á la cual temía, y lista para todo cuanto se le quería enseñar. Los castigos flojos los tomaba á burla, y cuando se le amenazaba con otros más graves hacía mil gazmoñerías. Baste decir que de noche había que atarla en la cama, y de día tenerla con una cuerda larga para no perderla de vista.

Por consejo de un señor Obispo se la exorcizó sin éxito alguno. Cogió un día una caja de fósforos y envenenó con ella á dos que la vigilaban. Otro día logró desatarse estando en la cama, y levantándose con mucho silencio, se arrastró hasta la cama de una de las maestras, le ató los piés como pudo y echándole de pronto el embozo de la sábana y arrojándose sobre ella, comenzó á estrangularla. Por fortuna llegó una en aquel momento á dar la hora, y la libró de la muerte, cuando ya estaba la pobre maestra casi asfixiada, amoratada, con la lengua fuera y sin sentido. Al reprenderla y castigarla dijo con la mayor flema, y como el criminal mas empedernido «que iba á ver si se ponía negra como el que mató su madre con ayuda de ella.»

La Vizcondesa no se atrevía á echarla, porque las señoras que la habían traído no querían creer tales maldades, y culpaban á ella de cruel y á las maestras de envidiosas.

Vista la inutilidad de los castigos, y el ningún

arrepentimiento, lo consultó con el Sr. Claret, quien fué de parecer la sacase del establecimiento, pues era objeto de escándalo y mal ejemplo.

Tomó un coche y la llevó á casa de una señora Marquesa, su principal protectora. Aun por el camino tuvo la desfachatez de referir á la Vizcondesa pecados que había cometido en una casa del tránsito, teniendo que mandarle callar. A pesar de ser la Marquesa amiga antigua de la Vizcondesa recibió á ésta muy mal. —¡Pobrecita, hija mía, qué desgraciada eres! ¡para tí no hay caridad! Yo seré desde hoy tu madre y bordarás con mi hija.

Al oír esto la Vizcondesa, conociendo los tristes resultados de aquella imprevisión, aconsejó á la Marquesa que no la dejara sola con su hija, ni tener familiaridad con ella.

—Yo sé lo que me hago: para tener caridad no se necesita vestirse de monja. En mi casa no verá nada malo, pues hay caridad real y efectiva, sin apariencias de santidad.»

La Vizcondesa hubo de marcharse avergonzada, y con pena de lo que iba á suceder, y para mayor tormento, la depravada chiquilla, fingiendo arrepentimiento, se puso de rodillas con mucha monada, suplicándole que la perdonase y la volviera al Colegio; pero, como estaba ya muy escarmantada y desengañada de sus taimadas gazmoñerías, le contestó resueltamente:

—No me vuelves á engañar. Tu necesitas casti-

gos muy fuertes y repetidos, y en mi Colegio ni se usan ni convienen.

Sucedió, pues, lo que la Vizcondesa había previsto. A los ocho días la hija de aquella señora había aprendido cosas que su madre hubiera deseado ignorarse siempre. Hizo que la subieran á la buhardilla, donde vivían unos ancianos honrados, y á los pocos días malquistó al matrimonio, y estuvo para matar á la pobre anciana, á la cual dió fósforos, y traía revuelta la casa.

La buena señora, la de la caridad sin hábitos, ya tarde escarmentada, tuvo que propinarle una paliza por despedida; pero todavía la envió á una casa de religiosas francesas, confiando en la mayor destreza de éstas. Allí les hizo tales diabluras que hubieron de encerrarla y aplicarle fuertes castigos, teniéndola unas veces por loca y otras por endemoniada.

Por fin tuvieron que echarla, y siete años después la halló la Vizcondesa en el presidio de Alcalá por delitos enormes que había cometido, y eso que sólo tenía diez y seis años, pues, á no ser por la menor edad, hubiera subido al patíbulo. La Vizcondesa le habló al alma: ella se mostró arrepentida, pidióle perdón y ofreció enmienda.

No fué esta la única asesina y envenenadora con la cual hubo de padecer. Entró en el Colegio una joven de veinticinco á veintisiete años, al parecer

muy arrepentida, pues lloraba amargamente sus extravíos, pero más bien escarmentada que arrepentida. Chocábale á la Vizcondesa la profunda melancolía que le entraba después de confesar; y, acostumbrada á conocerlas y á leerles en la cara lo que en su interior pasaba, llegó á sospechar, ó conjeturar, que se confesaba mal. Agitada por este pensamiento, que quizá le sugería el Señor en bien de aquella pobre alma, la llamó aparte y le dijo que por qué ocultaba pecados en la confesión? Negó ella, insistió la Vizcondesa, y le añadió que, aun cuando hubiese hecho alguna muerte, debía decirselo al confesor, pues que éste no podía revelarlo, ni dar parte á la justicia.

Entonces aquella infeliz, herida en lo más vivo de su conciencia, confesó á la Vizcondesa, que en efecto había envenenado á una mujer honrada, para casarse con su marido, con quien tenía relaciones ilícitas y de quien estaba embarazada. No hubo sospecha del crimen, y ¡cosa horrible! se fueron al canal á celebrar con un día de campo el verse viudo el malvado amante para casarse con su cómplice. Pero Dios permitió que, en vez de solazarse por el reciente crimen, el viudo tomase á su cómplice aversión y hasta horror, desde aquel día, y poco después se lo demostró con una gran paliza que le dió, de cuyas resultas abortó y estuvo gravemente enferma.

Todavía tendremos que tratar de otra que envenenó á la Vizcondesa misma.

Horribles son algunas cosas de las narradas en este capítulo.

Pero si son horribles leidas y atenuadas por razones de conveniencia y decoro, ¿qué será el tratar con las mismas que las perpetraron? Pues á esto se sujetó la Vizcondesa, y á esto se tienen que someter no pocas veces sus hijas.



CAPÍTULO XXX.

Visita á Palacio y favores de la Reina.—Supuesta locura de la Vizcondesa.—Cariñoso recibimiento y confidencias de parte de aquella Señora.—Muestras de confianza.—El cuadro mitológico.—Insultos de cocheros y conversión de uno de ellos.

«**L**E dijeron á la Reina Isabel que me había vuelto loca, y se lo creyó, lamentándose de ello.»

«Pasado algún tiempo, hablando un día con la duquesa de Gor, que estaba de servicio, como camarera de la Reina, le dijo ésta:

—¿No eras tú amiga de la Jorbalán?

Sí, señora.

—¿Y cómo fué volverse loca?

Señora, no está loca.

—Pues todos lo dicen, hasta sus parientes.

Es que se ha dedicado completamente á corregir y salvar á las mujeres de malvivir, y por eso le han levantado que está loca; pero ella cuerda está y muy buena.»

—Yo la quería á ella y á su familia, que siempre me han sido muy adictas. Me alegraría de verla. Díle que la quiero ver.»

La Duquesa le contó esta conversación á la Vizcondesa, y los deseos de la Reina. Al pronto lo sintió. Temía por un lado que se despertase su orgullo, pues lo había tenido en asistir á Palacio: por otro se lastimaba éste al tener que ir en tal estado.

¿Se quitaría el traje de monja? Era un acto de cobardía.

¿Iría con él y con alpargatas á Palacio? Era una irrisión; y presentarse ante los Reyes con aquella facha de monja, no siéndolo, ni de instituto conocido y aprobado, venía á ser una ridiculez.

Encomendóse á Dios, no quiso quitarse las alpargatas viejas, y fué en un coche de alquiler, como solía, por no llamar la atención. Al llegar á Palacio se despertó el orgullo adormecido, pero entonces herido y lastimado.— ¡Quién me había de decir que había yo de venir aquí en coche de alquiler, abrir yo la portezuela, y darle instrucciones al cochero para que me esperase!

Su entrada en la antecámara fué objeto de irrisión. Ella misma lo refiere, y aunque no lo dijera, bien se podía inferir. En aquellos parajes los grandes personajes del mundo á veces se vuelven chicos.

«Vaya, ¡qué bien sufrí!» dice ella misma.

«Las miradas y risitas de mis amigas, al ver mi traje, no dejaban de herirme. Las más fingían no